

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 9 de LA MODA.

1872. — TOMO XXXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 31. — N° 1,008.

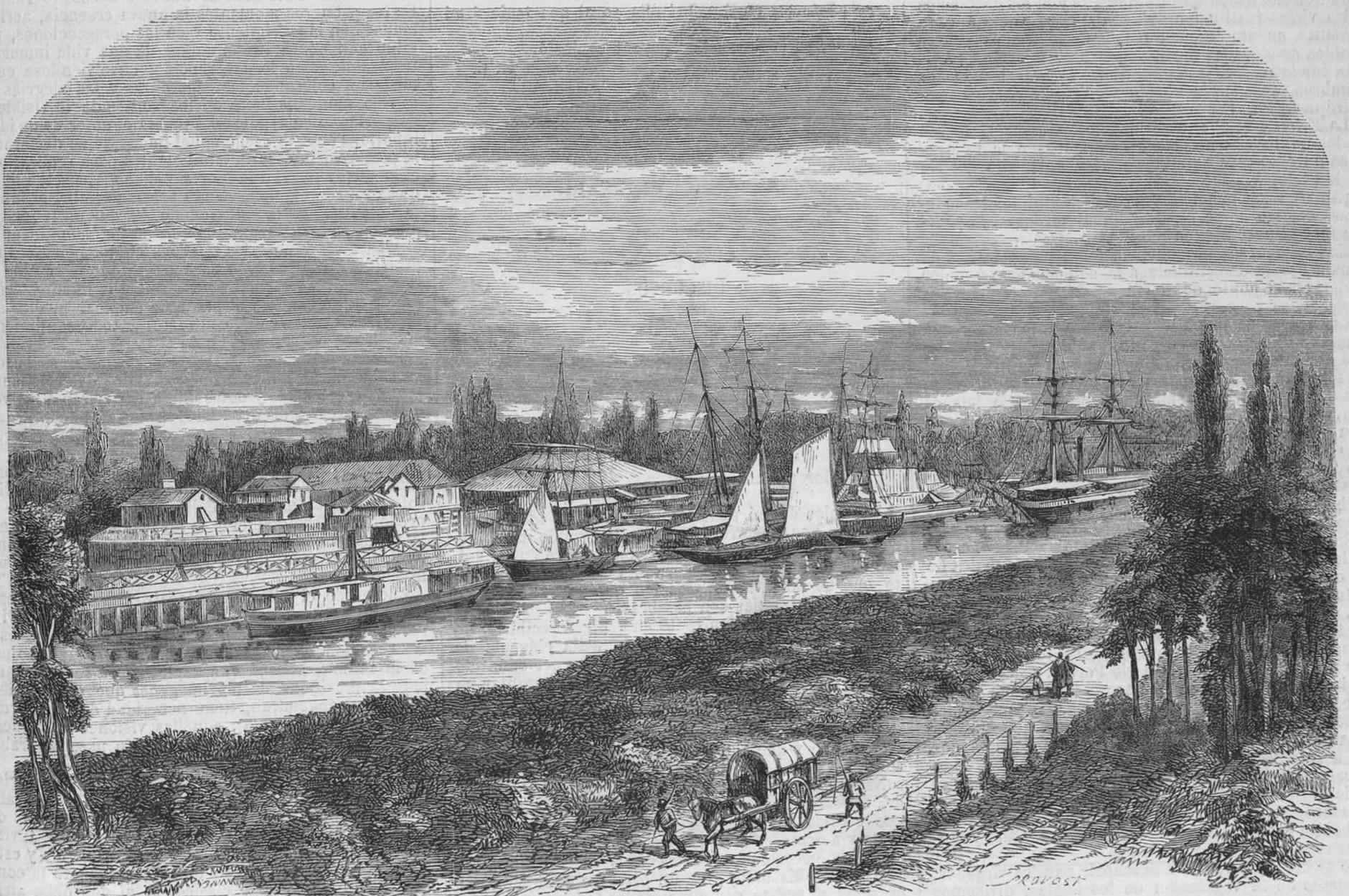
Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

SUMARIO.

Buenos Aires; grabados. — Academia española: Discursos leídos en la recepción pública de don Vicente Palmaroli. — Fiestas de la Brielle; grabados. — Revista

de París. — Poesías. — El palacio del Eliseo; grabados. — ¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — La Exposición internacional de Lyon; grabado. — La muralla de la China; grabado. — La avenida de los animales de piedra que conduce á los

sepulcros de los emperadores; grabado. — La cueva de Benidoleig, novela original histórica. — El Rosario de Haydn ó el canto del cisne. — Monumento elevado en Lausana á la memoria de los soldados franceses; grabado.



REPÚBLICA ARGENTINA. — El río Parana.

Buenos Aires.

El viajero francés á quien debemos ya varios dibujos y apuntes publicados en nuestro periódico, nos remite los siguientes :

Córdoba.

No sé qué filósofo ha dicho que el genio de los viajes se debía mas bien á nuestra inconstancia que al deseo de instruirnos.

En mi calidad de artista y de francés soy yo tan aficionado al cambio, que despues de haber explorado en todos sentidos Buenos Aires y sus cercanias, despues de haber trazado algunos croquis en todas partes, en las haciendas, á vista de los gauchos y á bastantes millas al Sur de la capital argentina, en las márgenes del Riachuelo donde estacionan una porcion de barcos de cabotaje, me he venido á encontrar, no sé cómo, á bordo del vapor la *Estrella*, bogando hácia Rosario, á cien leguas al Norte, en el rio Parana.

En Rosario se detiene el vapor y yo tambien; pero por desgracia oigo el ruido de una locomotora, me dirijo á la estacion... y quince horas despues estoy cien leguas mas lejos.

Así he llegado á Córdoba, preciosa localidad rodeada de grandes bosques, donde juraria yo sentar mi domicilio si no temiera los falsos juramentos.

Pero vuelvo al punto de partida, á Buenos Aires.

A bordo del vapor me encuentro con siete ú ocho pasajeros que habian hecho al mismo tiempo que yo la travesia de Europa á América.

Labradores todos ellos marchaban á la provincia de Córdoba, sus recelos se habian calmado y se leia fácilmente en su rostro una satisfaccion íntima.

De tiempo en tiempo sacaban del bolsillo papeles con muchos sellos y se los enseñaban unos á otros.

Uno de ellos con la sonrisa en los labios y la alegría pintada en los ojos, me hizo ver que poseia 34 hectáreas de terreno.

Y me señalaba en un plano grabado una colonia donde, gracias á la inteligente generosidad de la República Argentina, se le habia concedido un magnifico lote.

Mendigos quizás hacia algunos meses en la vieja Europa, maldiciendo seguramente á la sociedad y conspirando contra todo gobierno, aquellos hombres que iban á vivir independientes, aparecian trasfigurados. La envidia mas que las convicciones hace á los hombres revolucionarios, y el medio mejor de suprimir las insurrecciones es multiplicar la propiedad.

¡ Ah ! ¡ Cuánto desearia poder repetir á mis compatriotas de Francia, que por su ignorancia y su inercia, están encadenados en una tierra donde los obstáculos y las viejas instituciones les cortan el vuelo á cada instante, cuánto desearia poder decir á esos pobres diablos condenados á una implacable miseria : ¡ Animo, iniciativa ! El mundo entero es patria para los hombres verdaderamente libres. Venid aquí y os sonreirá la fortuna !

La *Estrella* se abre atrevidamente camino al través de los numerosos buques diseminados en la rada, y para navegar mas á gusto, se lanza en medio del rio de la Plata.

¡ Amarga decepcion ! Entonces distinguimos las márgenes del rio como simples lineas verdosas. Imposible fijar al paso ningun punto de vista.

Mas hé aqui un bosque de follaje... Es la isla de Martin Garcia de centinela á la embocadura, ó mejor dicho, en el punto de union del Parana y del Uruguay.

Ese pedazo de tierra ha estado á punto de ser una manzana de discordia entre la república del Uruguay y el gobierno argentino. Sin duda se comprende que un fuerte estaria allí maravillosamente situado, y los dos Estados dicen al mismo tiempo : « Esa isla es mia. » Un Salomon cualquiera habria zanjado la cuestion dividiendo la isla en dos partes; pero han preferido batirse con palabras sin resolver nada.

Vemos las aguas amarillas del rio Parana que contrastan con las azules ondas del Uruguay : los dos soberbios rios parecen estrecharse como luchadores, pero pronto se lleva el triunfo el Parana.

Nuestro vapor navega por un brazo llamado el canal de las Palmas; el rio se encajona entre los árboles de las orillas y nos parece entrar en alguna avenida majestuosa.

A la derecha y á la izquierda se extienden hasta perderse de vista territorios cubiertos de árboles y arbustos que brotan alegremente sobre un suelo de aluvion cálido y húmedo; el rio Parana crece con las lluvias, y todas esas islas bajas se trasforman en un mar en el que sobresalen acá y acullá los puntos mas altos.

La campana de la *Estrella* toca con furor : es que nos acercamos al puertecillo de Zarate, en donde nos abandonan muchos pasajeros; y luego continuamos hácia el Norte. Algunas horas despues nos señalan el Baradero, poblacion de 3,000 habitantes, situada en un bonito cerro. Algunos emigrantes paran allá y nosotros seguimos hácia San Pedro.

No se crea que vamos á descubrir parajes vírgenes. En medio de la vegetacion de los islotes, divisamos barcas con implacables leñadores que cortan leña sin permiso de nadie. Pequeñas embarcaciones ligeras y

rápidas comunican entre esas tierras donde florecen el naranjo y el limonero, no menos bien que bajo el cielo de Italia.

Vemos goletas, bergantines, buques de tres palos, que bajan á velas desplegadas llevándose hácia el Océano cargamentos del país : nuestro vapor los saluda al paso y gritamos juntos : ¡ Viva la joven América !

A pocas leguas de San Pedro está San Nicolás, puertecillo bastante animado en donde los buques europeos cargan cueros y lanas.

Aquella misma tarde llegamos á Rosario, cabeza del ferro-carril que conduce á Córdoba.

Córdoba es una ciudad floreciente de 30,000 habitantes, situada en el fondo de un hermoso valle á las márgenes del rio Primero, que posee un teatro, hoteles, paseos y hasta cafés, cuyos amos son franceses. Ultimamente se ha dado el lujo de una exposicion universal.

Al Norte y al noroeste se dibuja una cordillera de montañas cuyas cuestas están cubiertas de monte. En torno de la ciudad hay llanos ligeramente ondulados, y con agua que solo esperan las oleadas de los emigrantes. No creo exagerar diciendo que solo en esa provincia hay 2,000 leguas de prados y de tierras de labranza que reclaman agricultores. Dentro de treinta años la poblacion de esa region que no pasa hoy de 220,000 habitantes, llegará á mas de dos millones.

Mi cálculo se funda en las cifras progresivas de la emigracion argentina : en 1858, el cuadro indica 4,600 emigrantes; en 1860, cerca de 6,000; en 1865, 12,000; en 1870, 41,000. Por último, este año se cuenta con mas de 60,000.

Estoy pues, en Córdoba hace quince dias, y lo he visitado todo, en la poblacion y en las inmediaciones. Acompañado de varios peones me he internado en las selvas y á la sombra de grandes árboles nos hemos repartido un *buen asado*.

De regreso de nuestra excursion me convidaron á comer en una casa y acepté, con la condicion de que por mí no aumentarían la comida.

Vi salir á la mesa el inevitable asado seguido de una ensalada de pimientos y tomates; y luego nos sirvieron dulces, naranjas, melocotones, exquisito café de la provincia de Jujuy, con azúcar de caña del Paraguay; pero no hubo pan ni vino.

Despues de la comida circuló el mate tradicional que nos presentó una chinita : naturalmente, el mismo tubo de aspiracion sirvió para todos. Yo, como extranjero, tuve los honores aquel dia y gocé el primero de las delicias del mate.

Mientras fumábamos y conversábamos, una señora se sentó al piano y tocó una pieza del *Toreador*; y sin cuidarse de nuestra música, un enamorado tocaba la guitarra en la calle cantando una cancion amorosa al pié de una ventana.

— ¡ Estamos en España ! dije yo al que tenia á mi lado.

— No, en la Nueva Europa, me contestó.

R. C.

Academia española.

DISCURSOS

Leídos en la Real Academia de nobles artes de San Fernando en la recepcion pública de don Vicente Palmaroli y Gonzalez, (7 de abril de 1872).

DISCURSO DE DON VICENTE PALMAROLI.

Señores académicos :

Tan lejos de mi pensamiento estaba la idea de ser honrado por vosotros con el distinguido título de académico, que vuestra designacion causó en mi ánimo extraordinaria sorpresa. Por eso el agradecimiento que os debo, la satisfaccion que experimento no son para expresadas con palabras.

Si he tardado algun tanto en venir á recibirla, no culpeis á mis deseos, culpád á aquella cláusula de vuestros estatutos que, imponiendo para ser admitido en esta respetable Academia el deber de presentar un discurso escrito, sujeta al artista, acostumbrado solo á manejar sus pinceles, á durísima prueba, que apenas me atreviera á soportar, si de tal recompensa no se tratara; y que aun en estos momentos acibara mi alegría.

Nadie mejor que vosotros, señores académicos, podrá apreciar la verdad de mis palabras, al recordar que cuando se consagra la vida á reproducir sus ideas y á expresar sus pensamientos con color y la forma, la necesidad de expresarielas en la forma literaria de un discurso, y de un discurso academico, se presenta al artista con dificultades tan insuperables, como fueran para el literato la de cincelar en el mármol ó dar forma en el lienzo á sus ideas. Y seguro de

que así lo apreciáis, recibid mis palabras como explicacion de mi conducta y como anticipada demanda de indulgencia, nunca con mas necesidad solicitada.

Antes de hacer uso de ella, necesito cumplir el triste deber de consagrar un recuerdo á la memoria del señor don Luis Ferrant, que ocupó antes que yo el puesto que vuestra bondad le ha concedido. Modesto, sencillo, afable, reflejando en sus cuadros estas condiciones de su carácter, Ferrant trabajó en la época en que empezaba la regeneracion de la pintura española, y no es difícil señalar en sus obras los sentimientos de los nuevos adelantos.

Deber es de sus sucesores señalar el progreso y procurar continuarle; que cada generacion es heredera de cuanto bueno encierra la que la precedió, y fiscal en cierto modo de los defectos que los tiempos anteriores no pudieron corregir.

Decidido al fin á someterme á vuestro juicio, fué mi primer propósito tratar del arte que mas superior considero, cual es el arte griego; arte que comencé á comprender y admirar en la clase del antiguo de esta Academia, bajo la inteligente y cariñosa tutela del hoy dignísimo director de ella, y siempre mi amadísimo maestro, don Federico de Madrazo.

No os extrañe que la ignorancia de las dificultades del asunto confirme en esta ocasion su cualidad de atrevida, ni os sorprenda que al reflexionar sobre él, me haya limitado á lo que pudiera llamar introduccion á su estudio, esto es, á hacer una reseña de las vicisitudes por que ha pasado el arte hasta nuestros dias; señalando, al hacerla, la influencia benéfica que el estudio de las obras de la antigüedad ha ejercido siempre en él.

Expuestas estas consideraciones, me permitirán demostrar la importancia inmensa del arte contemporáneo y su evidente progreso, puesto en duda por el incesante clamoreo de los que no le conocen y que tal vez pretenden explicar su supuesta decadencia por la falta de premios y recompensas á los artistas.

Al considerar la historia de la pintura moderna, necesario es fijar nuestras miradas en las primeras fuentes del Renacimiento. Dejando á un lado la cuestion del fin del arte, y aun concediendo que su único objeto no sea el culto de lo bello, no se puede negar que los principales medios de que en su manifestacion dispone, son la atenta contemplacion y el reflexivo estudio de la naturaleza; y concediendo esto, habrá de otorgarse á la forma toda la importancia que requiere.

Obedeciendo este principio y auxiliada por la índole especial de la teogonia griega, en la cual los dioses eran encarnacion de las humanas pasiones y virtudes, logra en la antigüedad la forma levantado culto, y las artes plásticas prosperan hasta llegar al mas alto grado de perfeccion. Por el contrario, el cristianismo debia trazar á los artistas nuevo y desusado rumbo. En los primeros momentos la nueva creencia, acrisolándose en el sufrimiento y en las persecuciones, iluminó con nueva luz el dogma de una vida inmortal, inspirándose en lo desconocido, envolviéndose en el misterio, colocando las esperanzas y las alegrías de la vida mundana fuera de los limites de lo visible, y despertando en el alma del artista el amor de un ideal infinito. Por esto desde aquel momento se declararon la pintura y la escultura impotentes para realizarlo, y el cuadro y la estatua fueron pequeños para tan grandiosa representacion, siendo preciso acudir, al intentar, á la alegoria y al simbolo. Ya que no la imagen directa, ambicionaron al menos un emblema ideal de ella para elevarse á las místicas contemplaciones del espíritu. En tal camino perdióse pronto el sentido de la realidad, sin el cual no es posible la manifestacion pictórica, llegándose al punto de emplear medios supletorios y materiales, contrarios á todo sentimiento artístico.

Inútil fuera, por estas consideraciones, el buscar en estas obras de los primeros siglos del cristianismo las excelencias y dotes que caracterizan á las verdaderas creaciones artísticas, si bien no puede negársele cierto valor histórico, ofreciendo un interés real bajo el concepto de la arqueología.

Las mismas causas producirán siempre los mismos efectos. La preferencia excesiva de la forma producirá solo la belleza exterior, dejando frio el corazón; si predomina absolutamente la idea, jamás se alcanzará la verdadera belleza, y de ello dan claro testimonio los toscos ensayos que preceden al verdadero Renacimiento.

Encerrado el arte en el claustro durante todo este periodo, separados los monjes de la naturaleza viva por la severidad de las reglas, se veian reducidos á las creaciones de sus fantasias para crear los tipos de la infinita belleza que aspiraban á representar; pero la movilidad de las imágenes que en el pensamiento se engendran, tiene necesidad de una forma viva para perpetuarse: aquellas visiones fantásticas no dejaban tras sí suficiente recuerdo para los trabajos artísticos.

Poco á poco el arte fué pasando á manos de seglares, y en el siglo XIII esta evolucion estaba ya realizada. Entonces, aunque sujetos los artistas á la fe de sus creencias y á los escrúpulos de su piedad, tuvieron mas facilidad para estudiar la naturaleza; y este estudio, al cual se unia ya de alguna manera la contemplacion del mundo clásico, es al que debe atribuirse el primer albor del Renacimiento.

Guido de Siena, Margaritone, Giunta de Pisa y Cimabue, son los nombres de los principales pintores

que comenzaron en Italia la resurrección del arte en el siglo XIII. Sin embargo, aun no eran más que imitadores de los bizantinos, que en 1083, la entonces tan ponderada ciudad de Pisa, había hecho venir de Grecia, en compañía del arquitecto Buschetto, para ornamentar el magnífico *Duomo* que este edificó. Las actitudes de sus figuras eran todavía rígidas, sus composiciones simétricas y sometidas á las fórmulas del dogma; pero aunque muy corto, habían dado ya el primer paso.

Giotto fué el que realmente inició la transición del arte bizantino al arte moderno, emancipándose de la tímida imitación de sus antepasados, y dando con el estudio del natural y de las estatuas antiguas, vida y movimiento á sus figuras y á sus grupos, expresión á sus cabezas y belleza y verdad á sus partidos de paños.

Continuaron por este camino de independencia y secularización del arte, entre otros los Orcagnas y Tadeo Gaddi, que pintó en Florencia en la capilla llamada de los españoles en el claustro de Santa María Novella, en competencia con Simon Memmi, á quien tanto celebró Petrarca por el retrato de Laura. En la misma época pintó Andrea Orcagna en el campo santo de Pisa, inspirándose en las severas descripciones del Dante, un magnífico *Triunfo de la muerte y el juicio final*, que más tarde sirvió á Miguel Ángel de tipo para su inmortal obra de la capilla Sixtina.

No cabe, señores, en los límites de un escrito de esta naturaleza hacer un exámen detenido de todos los artistas que fueron preparando el apogeo del arte, ni analizar algunas de sus obras. Para hacerlo, sería menester un libro. Por eso me veo precisado á manifestaros, sin mayores pruebas, mi convencimiento de que este progreso fué debido esencialmente al estudio del natural y al de las obras paganas, estudio que preparó el progreso, pero sin realizarle todavía, pues aun no fué posible establecer el necesario equilibrio entre la idea y la forma. Pero en el primer tercio del siglo XV, un genio poderoso, Maso di San Giovanni, conocido por Masaccio, da tan extraordinario impulso á la pintura, que sus obras pueden ser consideradas como contemporáneas de las de Rafael y Miguel Ángel, á pesar de precederlas cerca de un siglo. Masaccio se adelanta indudablemente á su época, mientras fray Giovanni da Fiesole, pintor eminentísimo de esta misma época, no consigue desprenderse, tan por completo como su ilustre compañero, de las tradiciones giottescas.

Indudablemente tuvieron una influencia en este gran adelanto realizado en el arte, las ideas paganas de este siglo, en el cual el gusto arqueológico se convierte en pasión. Hácense por todas partes excavaciones, en las que se descubren obras de la antigüedad; los textos griegos y latinos se traducen á lengua vulgar, y revelan las costumbres, los misterios y las alegorías de aquellas civilizaciones: Homero y Virgilio, la filosofía de Platon, la ciencia de Arquímedes, los libros de Aristóteles, se hacen casi vulgares, y los grandes señores se complacen en vivir rodeados de literatos y artistas.

Los Médicis, desde Cosme I hasta Leon X; el Dux y el Senado de Venecia; la casa de Este; los Visconti; los Sforza y otros muchos que sería prolijo enumerar, atraen á sus córtés las inteligencias de la época, y arrastran á los pintores por las vías que recorren ellos mismos, sugiriéndoles las más veces los asuntos que han de tratar.

Sola, entre todas las artes, la arquitectura pierde al paganizarse, pues siendo la única que había podido interpretar el sentimiento cristiano, al abandonar su camino, en el que había llegado á la cúspide, desciende sin encontrar el nuevo rumbo. Por eso la arquitectura moderna, cuando quiere inspirarse en el sentimiento cristiano, no le es dado otra cosa que copiar servilmente, sin conseguir las más veces, ni aun imitar sus modelos. En tanto, el arte en general, adelanta á medida que la sociedad se inspira en los modelos del arte clásico, y adelanta de tal modo, que los nombres de Miguel Ángel, Rafael, Leonardo de Vinci, Ticiano, Andrea del Sarto, fray Bartolomeo y Correggio, marcan quizás el límite de su expresión más elevada.

El famoso *Juicio final* de la Capilla Sixtina, es más bien una epopeya dramática que una obra religiosa. Inspirado en la *Divina Comedia*, Miguel Ángel siente la reminiscencia mitológica, al pintar la barca de Caronte; y apasionado de la forma, se deja llevar hasta presentar desnudeces, que aunque veladas en sus partes más visibles por Daniel de Volterra, de orden de Paulo IV, se conservan aun en los compartimientos de la bóveda.

Lo mismo en esta obra inmortal, que en todos sus trabajos, tanto de pintura como de escultura, sobrepaja el genio colosal de Miguel Ángel, no solo á sus contemporáneos, sino á los antiguos griegos, porque asocia á la belleza de la forma de estos, la profundidad del sentimiento cristiano que ellos no conocieron.

¿Qué hay superior al Moisés, á las Sibilas ó los Profetas? Tal vez no realizan perfectamente la idea religiosa, porque ya he dicho que el arte es impotente para tanto; pero como grandiosidad, gracia y perfección de forma, y como elevación del sentimiento humano sobrepujan á todas las creaciones artísticas. Al lado de Miguel Ángel, figura el gran Rafael de Urbino. Genio menos absoluto, menos original, imita primero á su maestro Perugino, después estudia á fray Bartolomeo y últimamente se inspira en Miguel Ángel. No consigue llegar á la potente majestad de su rival,

ni en el *Profeta Isaías*, ni en el famoso *Incendio del Borgo*; pero fundiendo todos sus modelos, logró adquirir cualidades que nadie antes que él había poseído. En el colorido y en el claro oscuro, por ejemplo, llegó en el *Heliodoro* y la *Misa de Bolsena* á grande altura. Los tipos desaparecen en sus obras cuando más falta hace la individualidad; sus *Virgenes* son de una belleza perfecta, pero mundana. Su genio flexible le hace ser voluptuoso en su *Galatea* y en la *Historia de Psychis*, y dramático, en el *Pasmo de Sicilia*.

Tres siglos y medio de asentimiento, en que artistas de todas las escuelas y de todas opiniones, han respetado y reconocido su supremacía, prueban la altura á que el arte llegó con Rafael y Miguel Ángel. Al mismo tiempo que estos dos genios y Leonardo de Vinci, consumaban la revolución que acabo de indicar, guiados por las obras de los antiguos griegos, Ticiano en Venecia eleva el colorido á la altura á que los florentinos y romanos habían elevado el dibujo. Elemento de la forma era el color, hasta entonces de importancia secundaria y del que no podían buscarse precedentes en el antiguo, y elemento tanto más interesante, cuanto que es el que más contribuye á acentuar la animación y la vida: bien que más tarde sus encantos sean causa de la decadencia del arte.

Si en Miguel Ángel y Rafael no he acertado á ver más que las formas paganas y el sentimiento humano, aunque puesto muchas veces al servicio de un asunto religioso, ¿cómo he de ver en Ticiano, Tintoretto y Pablo Veronés, otra cosa que sentimiento mundano? Vulgar muchas veces, como en el *Lavatorio* que se conserva en el monasterio del Escorial, pintado por Tintoretto, fastuoso otras como en las *Bodas de Canaan* del Museo del Louvre, debido al genio de Veronés, la inspiración de estos artistas presiente la decadencia.

Después de haber llegado el arte á tal altura en Italia, se generalizó por Europa. Atraídos por la fama de tan grandes hombres, alemanes, flamencos, españoles y franceses, acudieron á Italia á recibir sus lecciones ó las de sus inmediatos sucesores, y consiguieron lo que consiguen siempre los imitadores; introducir en sus países un arte bastardado, que sirvió sin embargo de base á las escuelas que se formaron más adelante.

Todo el siglo XVI se mantiene al calor de los rayos que aun despide la grande escuela. En el siglo XVI, la pintura cambia de rumbo, y tomando ya solo por base el colorido y el claro-oscuro, produce un Rubens en Flandes, un Velazquez y un Murillo en España. En Italia los Caracci habían hecho sus últimos esfuerzos por sostener la gran escuela.

Ya en este camino, marchando el arte por esta senda sin otro punto objetivo que los encantos del color y los efectos del claro-oscuro, y obligado además, por el fanatismo religioso, á ponerse casi exclusivamente al servicio del culto, con especialidad en España, tenía necesariamente que producir obras llenas de impropiedades, de incorrecciones y de anacronismo. A esa época pertenece aquella representación de la Santísima Trinidad por una figura con tres cabezas, ó tres cabezas unidas, para las que sirven dos ojos solamente: aquellas Dolorosas, vestidas con traje de viuda, con el corazón atravesado por espadas, manera bien vulgar por cierto de expresar el dolor moral; y otras tantas extravagancias como pueden encontrarse en las obras llamadas religiosas, de los siglos XVII y XVIII. Obligados á representar casi exclusivamente todos los artistas un solo tema, el religioso, se pierden y extravían los genios é inteligencias, que ejercitados en otras manifestaciones del pensamiento, hubieran enriquecido el arte.

La protección tan decantada de las comunidades religiosas no fué en esta época, á mi juicio, tan espléndida ni tan inteligente como se supone, y más fué debida á su deseo de impresionar al vulgo con la magnificencia exterior del culto, que á su amor á las artes y á los artistas. Basta para convencerse de esta verdad, recordar la historia del *San Gerónimo* de Dominichino y la vida del gran Murillo, y otros eminentes artistas, que pintaron casi exclusivamente para los conventos. Pero mucho más que cuanto yo pudiera decir, influido por la época presente, dicen las quejas del buen don Antonio Palomino, tan pródigo siempre en la alabanza como moderado en la crítica. En la introducción de su *Parnaso español* dice: «Menguá vergonzosa parece de nuestra nación, sacar á la pública palestra del mundo las vidas de nuestros eminentes artífices, de los cuales, los más han vivido en suma cortedad y los que han llegado á la senectud, han declinado al ultraje de la laceria, buscando su último refugio en la piedad de los hospitales.»

La vida de Antonio Arias, pintor de justa reputación, termina con estas desconsoladoras frases: «Nada le faltó sino la fortuna, pues en su mayor edad llegó á declinar tanto y estar tan inhábil, que le mantenía la conmiseración de sus amigos (ya me espantaba yo que, pintor y poeta, no declinase al abismo de la desventura). Y últimamente, vino á morir con suma miseria en el Hospital general de esta corte, el año 1684. ¡Oh fuerza de una estrella infeliz! Yo le conocí en este mismo estado con gran quebranto de mi corazón.» Arias hizo muchas obras importantes para las comunidades religiosas y las iglesias. ¿Y es esta la tan ponderada protección de los conventos, cuando los Países Bajos, por ejemplo, presentan un número de artistas notables, en una proporción superiormente fabulosa, atendida la población, comparada con las de

las demás naciones, y Rubens, Van-Dick, Teniers y otros muchos sirviendo á los magnates y particulares, habitaban palacios y eran sepultados en fastuosos monumentos?

De modo que, la influencia monacal, lejos de ser protectora del arte, la impulsó al decaimiento que á principios del siglo XVIII llegó á convertirse con los Cortonas, los Jordanes y sus imitadores casi en un arte industrial decorativo, dedicado á interpretar las intrincadas alegorías y las lucubraciones sagradas que le sugerían los teólogos.

Una voluntad de hierro se necesitaba para establecer una reacción indispensable en este arte, tan desprovisto de sentimiento, de belleza de forma, de elevación de ideas y de filosofía.

En Francia, Louis David fué el encargado de llenar esta importante y difícil misión. Discipulo de Vien, pintor mediano, pero que disgustado de un arte, de una gracia afectada, entregado á representaciones de una mitología afeminada como la de Boucher, trataba de buscar la sencillez; David fué á Roma con su maestro, y allí pudo inspirarse en las grandes obras de los siglos XV y XVI y en las del antiguo, y comprender que el estudio de estas, así como el del arte etrusco y romano, que comenzaba á revelarse con las recientes excavaciones de Pompeya, le habían de proporcionar sólida base para la reforma que proyectaba, y que en efecto realizó, aunque no por completo, á causa de su ya exagerado entusiasmo por las obras de antigüedad, entusiasmo que le indujo á tratar casi exclusivamente, asuntos de la historia griega y romana; error en mi sentir, con el que condujo la pintura al terreno de la estatuaria y del exclusivismo, siendo la causa de su decadencia.

Los pintores del Renacimiento, al inspirarse en el arte griego, supieron mantenerse dentro de su época, y acomodar aquellos estudios á la vida y al sentimiento que requiere la pintura. David, por el contrario, imitó demasiado servilmente, y en lugar de vida y sentimiento, dió á sus obras un exceso de fría erudición, y creó una historia convencional que pudo deslumbrar á sus contemporáneos, pero que hoy, á pesar de las grandes cualidades del maestro, se sostiene con dificultad, llegando á hacerse intolerable en sus discípulos é imitadores.

De todos modos, el paso estaba dado, y por defectuosa que la nueva escuela fuese, un segundo renacimiento del arte griego había sacado á la pintura de las malas sendas, á que la habían conducido primero, las dificultades que el dogma cristiano ofrecía para su desarrollo; y después el abuso de las facultades adquiridas.

De la misma escuela de David salió Antonio Juan Gros, que apartándose de ella, vino á ser el lazo intermedio entre la escuela llamada clásica y la romántica. Abandonando á Grecia y Roma, á la mitología y la historia antigua, para pintar asuntos de su época, tuvo Gros también que hacer un cambio análogo en el estilo y buscar lo pintoresco, dando más importancia al colorido, al movimiento y la vida. Sus *Pestíferos de Jafa* y el *Campo de Batalla de Eylau*, son de una expresión y sentimiento, muy diferente de la frialdad enfática de sus condiscípulos.

Al lado de esta escuela, aislado y sin mezclarse con ella, pasó casi desapercibido en su tiempo un pintor lleno de gracia, de poesía y sentimiento, Pedro Pablo Prud'hon. Su cuadro de la *Justicia y la Venganza divinas persiguiendo al crimen*, es una página de un sentimiento dramático, en que se muestran superiormente vencidas las dificultades del género alegórico. En el *Cristo crucificado* se manifiesta no menos grande y original; y en un orden de ideas más real, la *Familia desgraciada*, demuestra hasta qué punto pueden encontrarse la poesía y el sentimiento, en el estudio de la vida íntima de la familia y del individuo. Positivamente, si Prud'hon hubiera vivido un poco después, hubiera realizado la obra de la emancipación que Gericault llevó á cabo.

Teodoro Gericault, discípulo de Pierre Guerin, el más clásico de los clásicos, apasionándose más que de su maestro de las tendencias innovadoras de Gros, con un solo cuadro, el *Nafragio de la Medusa*, hace abrirse paso á la libertad del pensamiento y á la independencia artística, aprisionadas por la escuela de David ya caduca, y que ansiaban el momento de romper las cadenas.

Antes que en Francia se efectuase esta revolución, nace en España Francisco Goya, genio original, potente, apasionado, que logra imponerse á su tiempo, aunque sin ser por él comprendido, cuando imperaban aun con toda su fuerza los imitadores de Jordan por un lado, y los discípulos de David por otro.

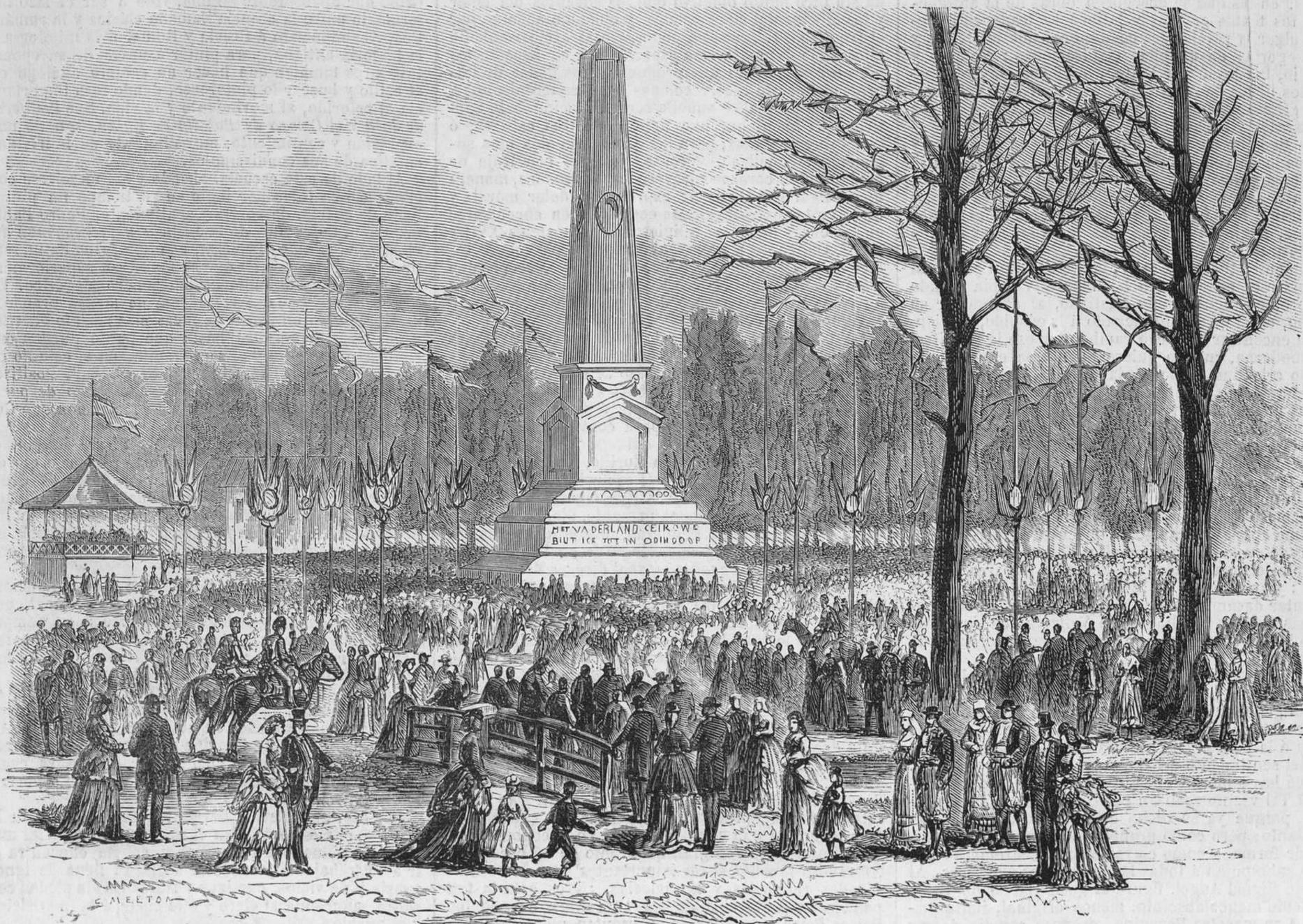
Goya, separándose de cuanto en artes le rodea, se crea una originalidad que muy pocos han tenido, buscando sus inspiraciones en su época y en sus sentimientos. Día por día traslada al lienzo las impresiones que acaba de recibir, y cuando por una causa cualquiera, se ponen trabas á su genio, no sabe soportarlas, y las rompe.

Por eso, al pintar la bóveda de San Antonio de la Florida, el pueblo á quien el santo predica son las majas y los pilluelos del río, que el artista encuentra al ir á su trabajo. Hijo de una sociedad llena de ignorancia y de vicios, persigue y ridiculiza sin piedad con sátira sangrienta al clero y á la corte, á la inquisición y al pueblo.

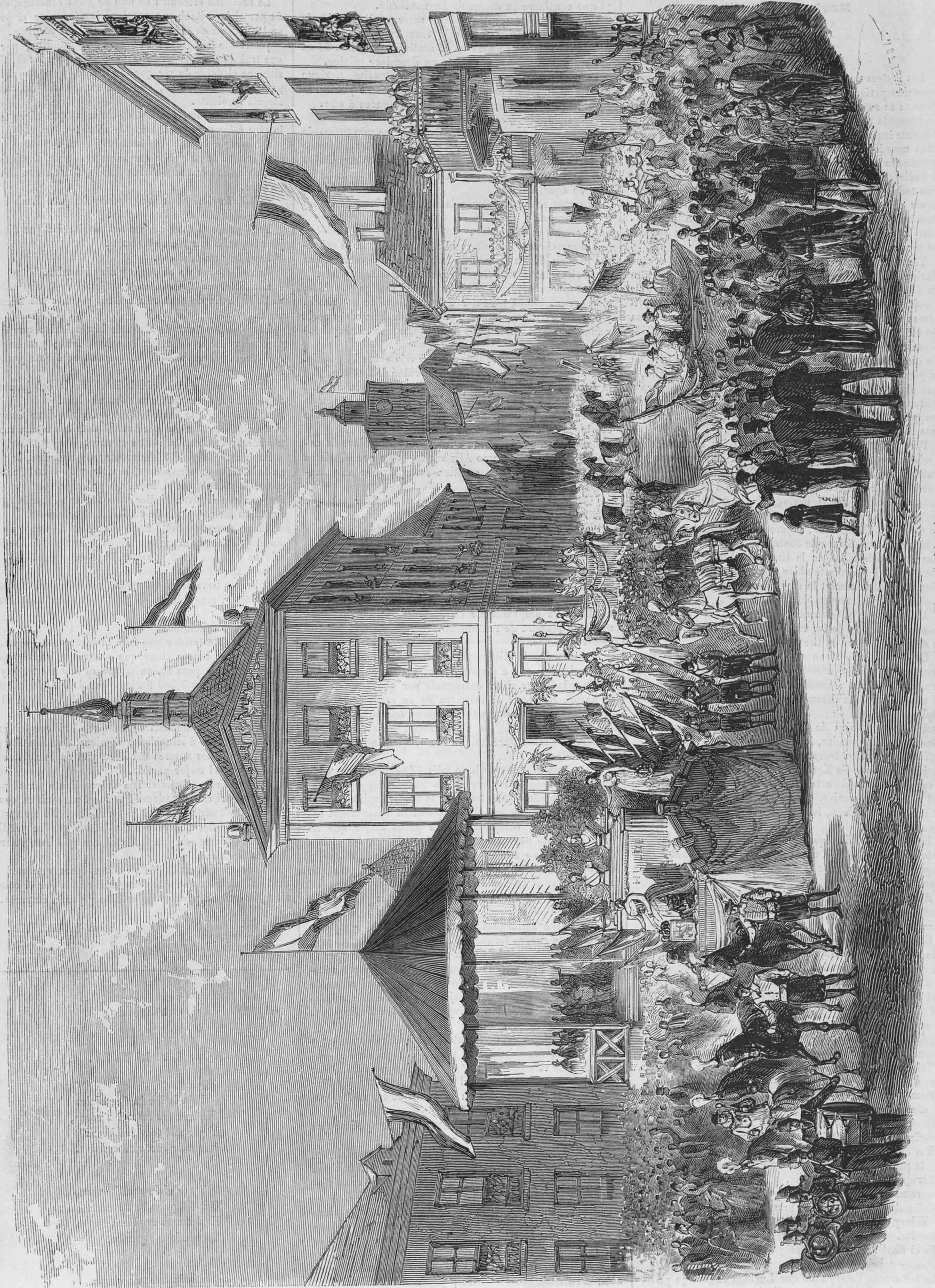
(Se continuará.)



Un alto en la Plata : el Asado.



FIESTAS DE LA BRIELLE. — El campo de las fiestas.



FIESTAS DE LA BRIELLE. — El cortejo histórico.

Revista de Paris.

Los teatros de Paris se desquitan á porfía del largo y conocido período de sus forzosas vacaciones. Comedias y dramas se suceden sin interrupcion y los teatros líricos, si se exceptúa el de la Grande Opera, sumergido en su imponente inmovilidad, rivalizan igualmente en poner en escena novedades importantes. Este movimiento teatral tan acentuado tiene una significacion que no puede ocultarse á nadie en las circunstancias presentes, pues demuestra con toda evidencia que Paris, á pesar de los terribles sucesos cuyas huellas materiales no se han borrado aun, continúa siendo la capital de los placeres de la inteligencia. El progreso que se ha efectuado con tanta rapidez se prueba con cifras elocuentes.

Tenemos á la vista un estado comparativo de la recaudacion de los teatros parisienses en el primer trimestre de 1870 y en el mismo período de 1872, y la diferencia resulta en favor de este último. Con efecto, en los tres primeros meses de 1870, los ingresos ascendieron á la suma de 4.382,960 fr. y en el año actual han subido á 4.684,348, ó sea un aumento de 101,387; y para esto hay que advertir que en el día se cuentan de menos el teatro Lírico de la plaza del Chatelet y el de la Puerta de San Martin, y que el Italiano ha estado cerrado en los meses de enero y febrero. Es un resultado que señalamos á la atencion de los que pintan el estado actual de Paris con los colores mas sombríos.

Para obtenerle, justo es decir que las empresas han hecho y continúan haciendo laudables esfuerzos que redundan, como es natural, en beneficio del arte. Entre las que mas merecen este elogio, figura la del Gimnasio. Apenas se ha concluido la prolongada boga de la *Princesa Jorge*, última produccion de Alejandro Dumas, hé aquí ya un nuevo triunfo que, seguramente no será menos durable, con la *Condesa de Somerive*, de M. Teodoro Barriere, una celebridad en la literatura contemporánea. La obra aparece firmada tambien por madama de Brebois, y bien se nota en efecto, la mano femenina, en esta epopeya sentimental y altamente dramática.

Al levantarse el telon nos encontramos en una suntuosa casa de campo de las cercanías de Paris, perteneciente á los marqueses de Ceranne.

En este palacio viven dos jóvenes, Luciana y Alix, la primera, hija del conde de Somerive y huérfana de madre, confiada á la amistad de la marquesa de Ceranne por el conde, mientras desempeña en el extranjero una mision diplomática.

Alix es una amiga de Luciana, sin mas amparo en el mundo que una madre, la señora de Valory.

Tambien habita temporalmente el espléndido palacio, el joven Enrique de Kerdren, huérfano de padre y madre y cuya familia habia estado en estrechas relaciones con la del conde de Somerive, tanto que la última voluntad de la señora de Kerdren, fué que Enrique se casara con Luciana.

Luciana ama á Enrique entrañablemente y el enlace se habria ya realizado sin un obstáculo legal, pues habia sido imposible hacer constar la defuncion de la condesa de Somerive.

Ahora bien, en esta exposicion del drama conocemos ciertos antecedentes que nos hacen sospechar que la condesa existe.

El conde sorprendió á su esposa en delito de adulterio; y la mujer culpable huyó y desapareció dejando á su hija en poder del esposo ultrajado.

Sin embargo, el conde no ha querido turbar la felicidad de su hija, y sofocando su dolor en lo mas recóndito del alma, permite la suposicion que hace Luciana de que su madre ha fallecido.

¿Cómo casar á su hija con el hombre á quien ama, sin descubrir á nadie la horrible verdad?

Tal es el problema que se propone resolver el conde, muy deseoso de que el casamiento se lleve á cabo.

Hemos dicho que Luciana ama á Enrique; pero ¿cuáles son los sentimientos del joven?

Decidido á cumplir el voto de su madre por pura obediencia, su corazón es insensible al amor de Luciana.

Mas aun: ha visto á Alix, y no obstante sus juramentos, la pasion que se enciende en él es implacable.

Enrique se declara á Alix, y la joven, que ignora su compromiso, le corresponde tambien apasionadamente.

Enlazada así la accion, se presenta en escena la señora de Valory madre de Alix, ó sea la fugitiva condesa de Somerive.

Es el final del acto primero y una de las principales situaciones del drama.

La señora de Valory sabe que Luciana es su hija y Alix descubre al mismo tiempo que Enrique ha prometido casarse con Luciana.

Ahora vamos á asistir á una terrible lucha.

Enrique quiere justificarse á los ojos de Alix, pero ella le rechaza; serena é indiferente en apariencia, demuestra ya que considera su desgracia irremediable.

En vano Enrique protesta de su amor, repite que jamás se casará con Luciana: Alix le escucha extasiada, pero dentro de su corazón persiste el sentimiento íntimo de un dolor que nos hace ya presentir un desenlace trágico.

Para que Alix no dude de su firme propósito, Enrique escribe al conde de Somerive diciéndole que no puede casarse con Luciana porque su corazón pertenece á otra.

¡Horrible é inesperado golpe!

El conde acude tambien al palacio de los marqueses de Ceranne; pero no para pedir á Enrique la retractacion de su carta y el cumplimiento de su antigua promesa, sino para preparar á Luciana, que ha cifrado toda su dicha futura en aquel enlace.

El conde se encuentra con la supuesta señora de Valory y la reconoce.

La escena es admirable.

Ahora sabemos sin rebozo ni reticencias toda la criminal historia de los amores de la condesa de Somerive, que en la situacion actual tienen consecuencias espantosas.

La condesa huyó, no por librarse del castigo merecido, sino porque estaba para dar á luz el fruto de su crimen, y no queria vivir en la casa que habia deshonrado, queria refugiarse en el aislamiento para expiar así su imperdonable falta.

El conde, sin embargo, arroja un velo sobre lo pasado. Una sola cosa le interesa y es la felicidad de Luciana. Que la condesa logre que Enrique olvide á Alix, la hija del adulterio y se case con Luciana, la hija legítima, y todo lo perdonará, pues su vida toda se encierra en un solo objeto, la felicidad de Luciana.

La condesa se determina á interponer su influencia como quiere el conde; pero Alix vacila, hasta que el mismo conde interviene en la cuestion con palabras amenazadoras.

¿Quién es ese hombre que se atreve á hablar así, que se atreve á insultar á su madre?

El conde se nombra, y Alix, comprendiendo por fin la horrible situacion, se sacrifica como víctima expiatoria.

Alix se da la muerte arrojándose, como otra Ofelia, en un lago, de donde la sacan cadáver.

El cuadro del acto último, en que presentan á la pobre víctima en escena, es conmovedor en un grado indecible.

Alix se ha despedido de Enrique en una carta que es una obra maestra de sentimiento, que hace derramar copiosas lágrimas.

A su madre la dice que la perdone el dolor que su muerte le causará; é invocando los recuerdos de su infancia, añade que ahora comprende por qué tantas veces de noche, lloraba á la cabecera de su cama cuando la creía dormida: era porque pensaba en Luciana... Sin embargo, no por esto dejaba de quererla, pero Alix era en su casa la planta parásita, en tanto, que Luciana era la flor predilecta...

A Enrique le pide que haga feliz á Luciana, que su alma, desde el cielo, los verá y los bendecirá; y por último, arrodillándose para terminar la carta, suplica al conde de Somerive que sea clemente con su desgraciada esposa, que tenga compasion de la pobre mujer que ha padecido tanto por causa de su pobre hija... Su último deseo es que su muerte rescate la falta de su madre, y que en su tumba no se escriba nombre ninguno para que nadie adivine el crimen de su nacimiento.

Tal es el argumento reducido á sus puntos principales, pues median además en la accion personajes secundarios perfectamente delineados y que contribuyen á completar este terrible cuadro de costumbres domésticas.

El interesante papel de Alix es un gran triunfo para la actriz Blanca Pierson que conmueve profundamente en todo el segundo acto: Pujol está admirable en el conde de Somerive; y los demás personajes de la pieza han encontrado tambien excelentes intérpretes en los distinguidos actores del Gimnasio.

Las obras de autores nos interesan particularmente; y así es que hemos asistido con placer á la primera representacion de una opereta en tres actos, de un compositor francés, que con el título del *Vaso de plata* (la *Timbale d'argent*), se acaba de dar en el teatro de los Bufos, con gran éxito.

M. Vasseur es el nombre de este nuevo compositor que ha salido á luz con tan buena estrella.

Ordinariamente toda obra de principiante se resiente, como es natural, de inexperiencia; pero esta vez hay una excepcion: la música de M. Vasseur reúne las condiciones que exige el teatro; es viva sin ser vulgar, y sobre todo tiene á nuestro juicio la cualidad esencial por excelencia, es inspirada y melódica y está escrita con una espontaneidad que excluye ese pedantismo científico al que se entregan con tanta aficion los compositores franceses.

El libro firmado por M. A. Jaime y M. Jules Noriac, abunda en situaciones cómicas, y por lo tanto tiene su buena parte en el éxito.

Con breves palabras pondremos á nuestros lectores al corriente del argumento.

Se trata de una lucha musical entre dos cantones rivales de un país cualquiera.

La sociedad orfeónica de uno de estos cantones, dirigida por el juez Raab, no consigue jamás ganar el premio en los concursos, que consiste en un vaso de plata.

¡Horrible situacion! Por mas que estudian, por mas que trabajan y ensayan los orfeones del juez Raab, tienen siempre el dolor de ver que el preciado vaso de plata es para el canton vecino, que celebra sus triunfos con una alegría insolente.

¿Cómo remediar este estado de cosas que hiere tan en lo vivo á los pobres cantores de aldea?

Ocurresele á Raab una idea luminosa.

El artista de su grupo que salga vencedor, siquiera una vez, se casará con su sobrina Molda, dotada con seis mil florines.

Inútil ofrecimiento: los orfeones del juez Raab se hallan condenados á la impotencia.

Pero ¿en qué consiste que sus rivales, los que dirige el juez Bernabé son tan superiores?

Aquí hay un misterio.

Con efecto, es un misterio y muy singular.

Los orfeones del canton contiguo han hecho voto de castidad á fin de conservar frescas y puras sus hermosas voces.

El que no era casado al tomar la resolucion que desespera á sus adversarios, juró morir soltero; y se impusieron severas penas á todo el que faltare á este pacto heróico.

No se ve solucion y toda la inteligencia del juez Raab se pierde en combinaciones estrambóticas.

Mas hé aquí que como llovido del cielo viene á caer en el desolado canton un pordiosero dotado de una voz extraordinaria: otro Rubini en ciernes.

Raab se apodera del bienaventurado mendigo, le prodiga toda clase de atenciones, le viste y le calza, le da de comer lo mismo que si fuera un príncipe, por supuesto, despues que el joven Muller, que tal es su nombre, consiente en formar parte de su sociedad orfeónica.

Advertiremos que el famoso cantante disfrazado de pordiosero pertenece al canton vecino y conoce á Molda, la sobrina del juez Raab, y aspira á ser su esposo.

Nada mas fácil que ganar el premio.

Muller se lleva el vaso de plata en el primer concurso, y reclama la mano de Molda y los seis mil consabidos florines.

No hemos concluido.

Muller es un traidor que falta al juramento; y para reunirse con su esposa tiene que pasar por terribles pruebas. Felizmente para él, su suegro es hombre rico, y habiendo pagado los 3,000 florines que debe todo miembro de la sociedad que olvida lo pactado, Muller llega al cabo de sus infortunios.

Por este rápido análisis se comprenderá que el argumento se presta á situaciones cómicas, á peripecias grotescas, de que los autores del libro y el de la música han sabido sacar el mejor partido.

Madama Judic es una artista sobresaliente en el papel de Molda, así como madama Peschard personifica con su gracia característica el del joven Muller. No menos que en el *Doctor Rosa*, merece los aplausos que la prodigan por su agradable voz y la facilidad con que hace valer todos sus hechizos.

En suma, el *Vaso de plata* es una ópera que está llamada á un buen porvenir y lo celebramos por el compositor, no menos que por los artistas y por la empresa.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

LA LLUVIA.

Baja la lluvia á raudales
Susurrando entre las rocas,
Y por mil torcidas bocas
Rodando surca en canales.

Y ese cielo azul hermoso
Que há poco brilló en la esfera,
Es á mares regadera
Tornándose riguroso.

Y baja la lluvia parda
Que negra nube sacude,
Y al monte y al valle acude
Que su furor no retarda.

Y el árbol naciente troncha
Al bravo empuje violento,
Y redoblándole el viento
Robles y encinas desconcha.

Y las ramas desgajadas
Y las hojas desprendidas,
Besan la tierra rendidas
A su furor humilladas.

Y rotas bajan al suelo
Mústias, yertas, retorcidas
Flores que há poco nacidas
Desafiaban al cielo.

Tal vez una rosa abrió
Al relucir blanca aurora
A ser de jardín señora,
Que á ser un féretro no.

Tal vez pintado capullo
Hoy brotó la erguida rama
Y al par que su olor derrama
Se alza al cielo con orgullo.

Y le agita con amor
Para que el mundo le vea
Y que en su hermosura lea
La grandeza del Señor.

Mas lluvia descadenada
Que nube aborta con ira,
Fiéra le arranca y espira
De su edad en la alborada.

Madre infeliz á quien lleva
Con furia muerte precoz
Su tierno infante veloz
Y sus dolores renueva.

Y al verle yerto, sobre él
Cae sin vida agonizante,
Clamando al cielo incesante
Que iras arroja en tropel.

Y en tanto la lluvia impía
Inunda campos y hoyos
Hinchando tardos arroyos
Que se aumentan á porfía.

Y la rugiente cascada
Baja al abismo furiosa
Con las ramas escamosa
Retorcida y destrenzada.

Y el cielo de funeral
Enlutado y retronando
Parece estar predicando
Al mundo el juicio final.

Y los hombres aterrados
Unidos en rogativas
De Dios las iras altivas
Piden que aplaque humillados.

Y la campana sonora
Zumba lúgubre en la torre
Y con sus voces recorre
La lluvia devastadora.

Y sigue el doble inclemente
A la nube conjurando
Mientras los monjes rezando
Se unen al himno ferviente,

Y el órgano con el canto
Y la lluvia y la campana
Cual doliente voz humana
Sube al cielo en coro santo.

Hasta que mas apiadado
Cesando la nube loca
El trueno y la lluvia apoca
Alentando sosegado.

Y luego se oye mas lejos
Atenuada retronando
Sus furores disipando
De la luna los reflejos.

O bien en tarde rosada
Con sus bandas de colores
Iris anuncia á las flores
La tempestad ya calmada.

Y el viento húmedo zumba,
Silba en la cóncava torre
La tierra enjuga y recorre
Y alza flores que derrumba.

Mas llega el alba y la aurora
Vuelve el sol, el medio dia,
Viene la tarde sombría,
La noche en sombras señora.

Y prados, frutas y flores
Vuelven al ser con la tarde,
La aurora y el sol que arde
Robándole sus colores.

Y los hombres prosternados
Dan gracias al Hacèdor,
Que el sol torna á ser señor
Cubriendo daños pasados.

B.

ODA.

Á DIOS.

Perdon, Señor, si hasta tu excelso trono
En mi tortura un cántico levanto;
Perdon, Señor, si tu misterio santo
Desde este valle oscuro,
En mi delirio comprender procuro.

Yo vil insecto y miserable polvo,
Busco atrevido el sitio de tu esencia;
Busco tu amor, y busco tu presencia,
Y en vano el pensamiento
Quiere llegar á tu infinito asiento.

Todo cuanto se ve, no encierra un punto
Del orbe inmenso que tu brazo mueve;
La eternidad, no es mas que tiempo breve,
Que tu profunda ciencia
Señala en el relé de la existencia.

Esos mundos que giran en el éter,
Centros de luz, de vida y de armonía,
Son reflectores del eterno dia
Que tu alcázar presenta,
Donde tu Augusta Majestad se ostenta.

Y el órden inmutable de tus leyes,
Es la voz poderosa de tu aliento;
Es la voz de la vida, el movimiento
Que al universo diste,
Cuando del caos aparecer lo hiciste...

Soberano Señor, ¡cuánta belleza
Tu voluntad sostiene en el vacío!...
¡Cuánto ser, al mirar tu poderío,
Se anonada postrado,
Proclamándote el Dios de lo creado!

.

Si dirijo la vista al firmamento,
Y contemplo los astros á millares,
Siempre encuentro, Señor, nuevos lugares
En todas direcciones,
Donde culto te rindan y oraciones.

Y si bajo á este valle de dolores
Donde gime impotente la criatura,
Descubro tu grandeza en la natura,
Y goza el alma mia
Oyendo el himno que de amor te envia...

Cuando desata el huracan su furia
O se rasga la nube electrizada,
Y al ronco ruido que en la mar airada
Bramando lanza el viento,
Allí la fuerza de tu brazo siento.

Al rugido que anuncia el terremoto,
O al dolor que amenaza la existencia,
La humanidad invoca tu clemencia,
Porque eres sin segundo
La columna inmortal que tiene el mundo...

Soberano Señor, ¡cuánta belleza
Tu voluntad sostiene en el vacío!...
¡Cuánto ser, al mirar tu poderío,
Se anonada postrado,
Proclamándote el Dios de lo creado!...

JOSÉ JULIO SOLER Y MARTORELL.

Puerto-Rico.

LA VIDA.

Triste es vivir cuando el dolor cruento
Se apodera del alma y la avasalla;
Cuando de penas imponente valla
Oculta todo alegre sentimiento.

Triste cuando un amante pensamiento
Que en vano la razon rígida acalla,
En el sensible corazón extalla
A impulso de volcánico ardimiento.

Para el que, loco, un imposible quiso
Muy triste en su querer desventurado;
Triste si habló ó si calló sumiso;

Pero para el que amó y es amado,
Es el mundo un alegre paraíso,
Y la vida el encanto mas preciado.

JOSÉ DE LA FUENTE ANDRÉS.

El palacio del Elíseo.

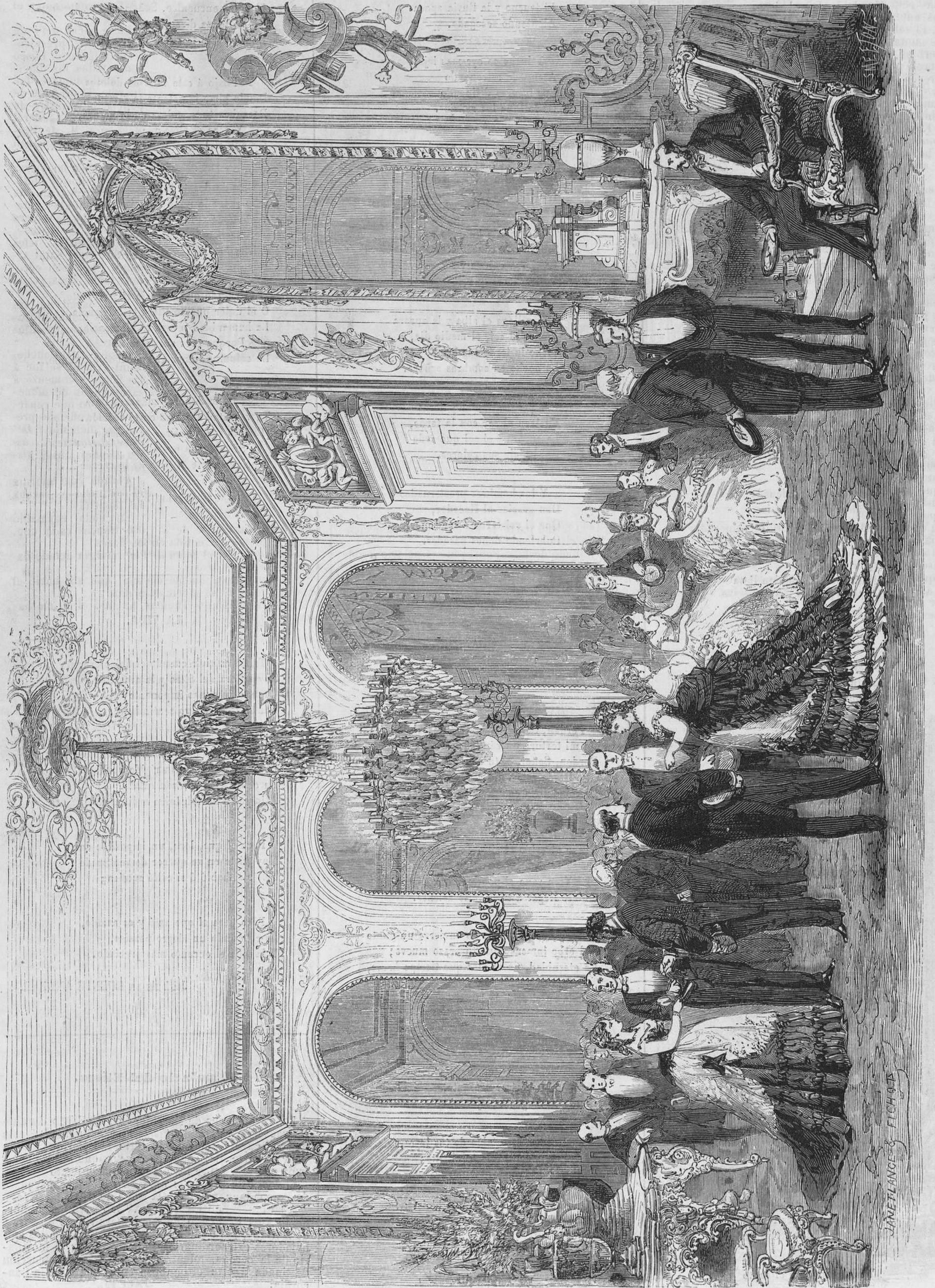
Las recepciones de M. Thiers en el Elíseo durante las vacaciones parlamentarias, dan actualidad á este palacio, cuyo primer propietario fué Enrique de La Tour de Auvèrnia, conde de Evreux, que le hizo construir en 1718, sobre los planos del arquitecto Molet.

El conde de Evreux le vendió en 1733 á la marquesa de Pompadour, mediante la suma de 650,000 libras.

A su muerte en 1760, Luis XV le compró á su hermano Abel Francisco Poisson, marqués de Menars y de Marigny, para que sirviera de habitación á los embajadores extraordinarios y para guardar el moviliario de la corona, mientras elevaban la construcción destinada á este último uso en la plaza de la Concordia.

En 1773, el financiero Beaujon le compró y le embelleció considerablemente.

« Es uno de los mejores edificios de Paris, dice un



PALACIO DEL ELISEO. — Recepcion en el salon principal.

escritor contemporáneo. Un espacioso patio y dos mas pequeños á los lados anuncian su entrada. El salon principal es notable por sus soberbios espejos, por los bronceos y mármoles preciosos que le adornan y por el precioso punto de vista del jardín que cae á los Campos Eliseos. »

Beaujon vendió el palacio á la duquesa de Borbon, aunque reservándose el usufruto, por 1.400,000 libras y 200,000 libras por los espejos y los cuadros.

A la muerte del famoso capitalista, la duquesa vino á habitar el hotel de Evreux y le puso el nombre de Eliseo.

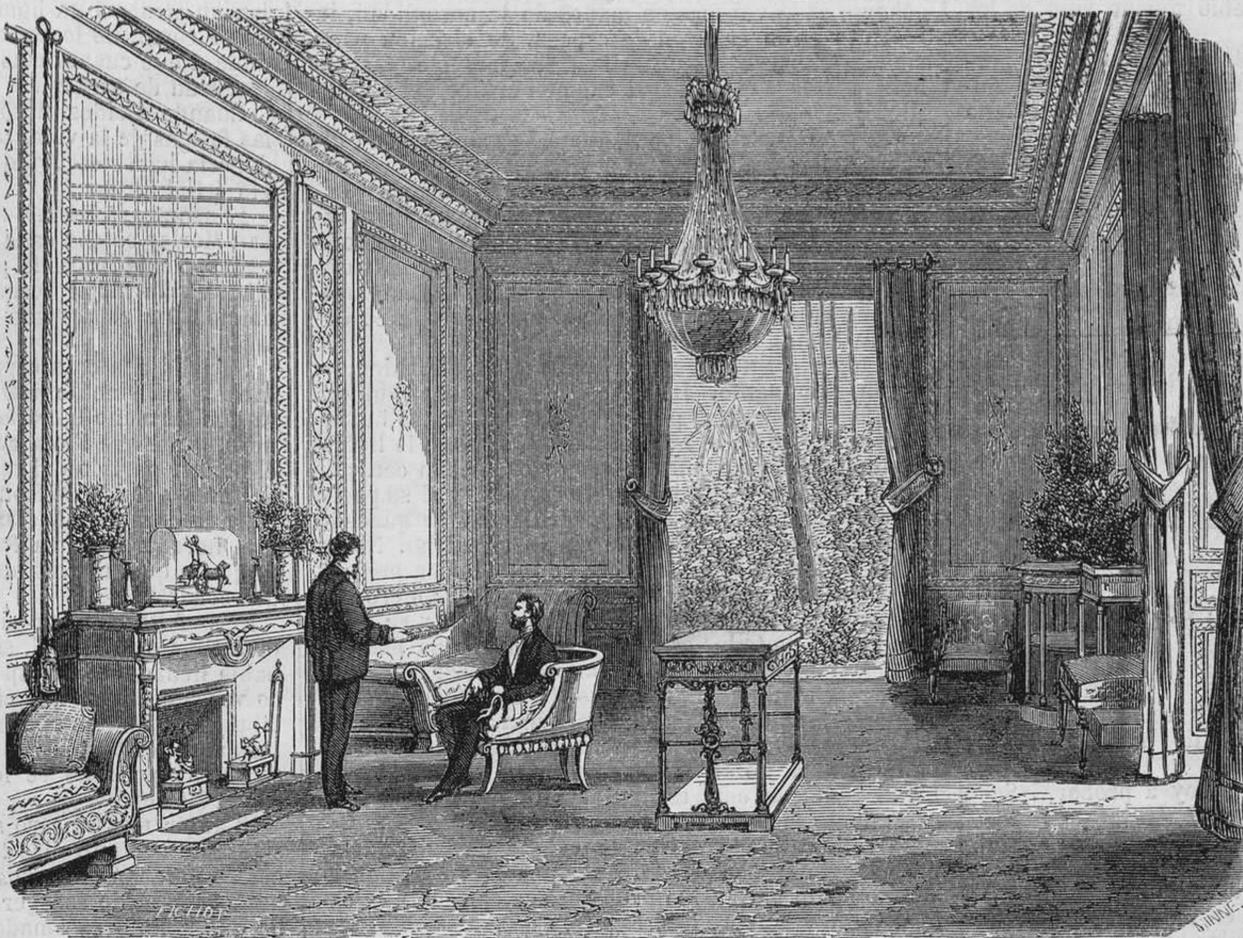
Propiedad nacional en 1793, fué alquilada para diversiones públicas. Sus jardines rivalizaron con los del antiguo Tivoli, de Monceaux, de Idalie, de Beaujon y de Pafos. Se daban allí fiestas campestres en tanto que las habitaciones se convirtieron en salas de juego.

En 1803, vendieron el Eliseo al principe Murat, que tuvo allí su córte hasta su salida para Nápoles en 1808, época en que fué cedido á Napoleon. El emperador se complacia mucho en esa residencia.

En 1815, Alejandro, emperador de Rusia, estableció en el Eliseo su cuartel general.

El duque y la duquesa de Berry le habitaron en 1816; y á la muerte del principe en 1820, fué abandonado por su viuda.

Despues le habitó el duque de Burdeos.



PALACIO DEL ELÍSEO. — El salon de Plata, llamado del golpe de Estado.

El golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, se combinó en el Eliseo.

En la noche del 1º de diciembre, el presidente recibió en el Eliseo como todos los lunes. La muchedumbre fué enorme. El prefecto de policia, el ministro de la Guerra, el general Magnan y M. de Persigny no abandonaron los salones.

En una de las piezas llamada *Salon de Plata*, que reproduce uno de nuestros dibujos, estaban reunidos la vispera del golpe de Estado, los principales jefes militares que Saint-Arnaud, á la sazón coronel, tenia encargo de *tantear*.

A lo largo de las ventanas habia lujosos muebles con canastillos de flores.

Despues del ponche, Saint-Arnaud se fué á las flores y comenzó á sacar rollos de monedas de oro que repartió con los oficiales presentes, diciendo: *Déchirez cartouches!... cassez carottes!... tirez pistaches!...*

Y cada cual mordía el cartucho y sacaba las monedas.

En cada canastillo habia cuarenta rollos de á 1,000 francos cada uno. ¡ La serpiente escondida en las flores!

Desde aquel dia el *Salon de Plata* habria debido llamarse el *Salon de Oro*.

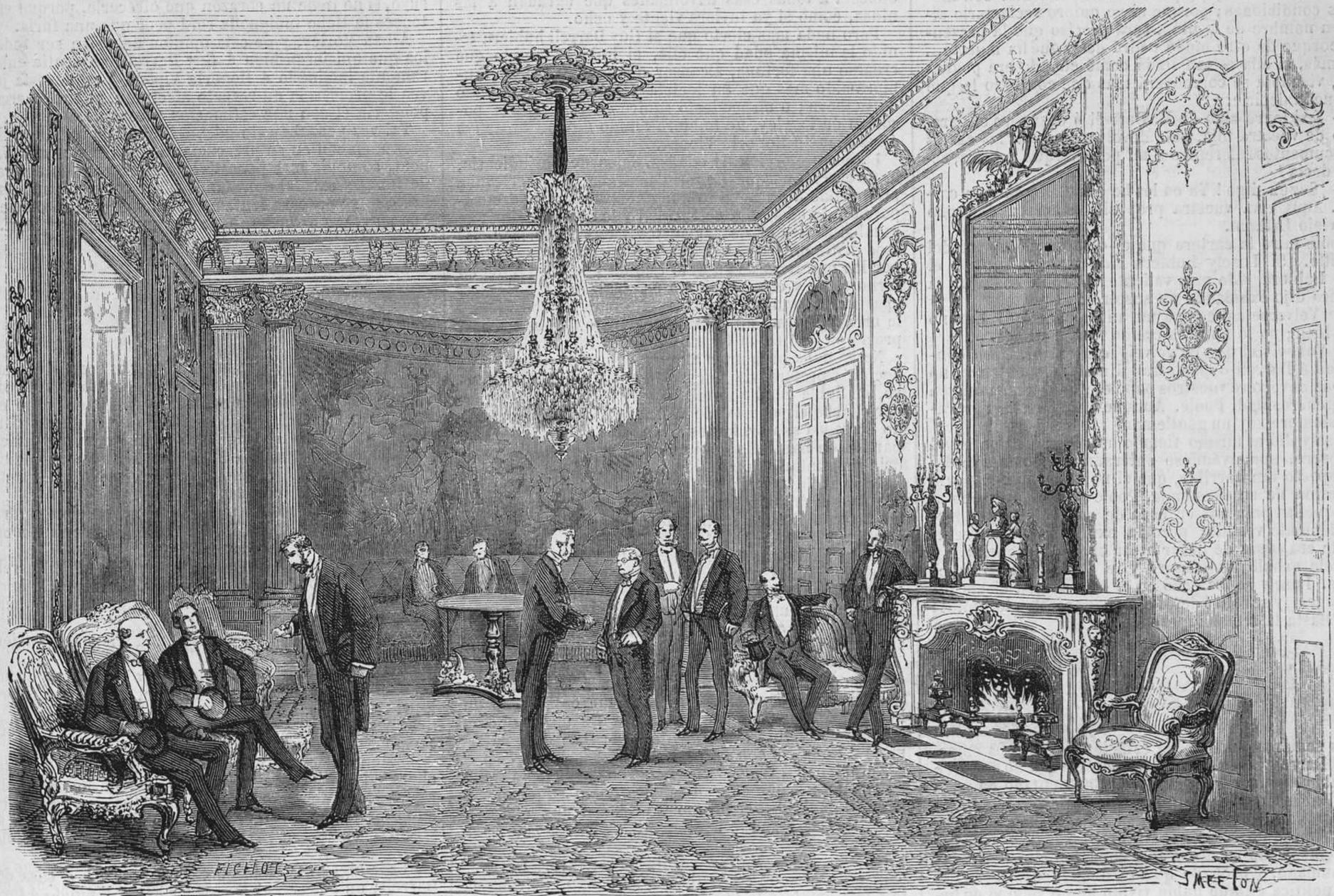
Sea como quiera, puede decirse, que allí nació el imperio... que debia morir en Sedan.

El general Clemente Thomas, ha sido el último habitante del Eliseo.

Desde 1830 formó parte de los edificios pertenecientes á la lista civil.

Bajo el reinado de Luis Felipe, fué el palacio donde se hospedaban los soberanos que venian de visita.

En 1848, se instaló en el Eliseo la comision de las ofrendas nacionales, y el 20 de diciembre del mismo año, entró á habitarle Luis Napoleon, presidente de la República.



PALACIO DEL ELÍSEO. — El salon de Conversacion, llamado del Hemiciclo.

Durante la Commune se bebió mucho vino en los jardines.

El 21 de mayo, la rápida entrada de las tropas preservó al Eliseo de la suerte que sufrieron otros monumentos. Así es que el palacio estaba en buen estado para las recepciones de M. Thiers.

Hoy continúa su destino provisional: continúa siendo un campamento.

Los palacios, como los libros, tienen sus destinos.

E. F.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el N.º 1,007.)

— ¡De qué sirven esas estúpidas amenazas! Si vierais en realidad el designio de hacerme daño, ¿dónde iriais y quién os creeria?

— Vuestra mujer me creeria. Voy á probar... Señora...

— ¡Deteneos! ¡deteneos! No armeis aquí un escándalo, señor mio. Callaos, ó envío á buscar la policia.

— ¡Hacedlo! Me alegraria mucho. Ya estoy cansado. Necesito contar mi historia en un tribunal, y vengarme de Darrell, de vos, de todos. Enviad á buscar la policia.

Losely se tendió á lo largo en el sofá (que era de tafete nuevo con muelles), se cruzó de brazos, y dijo:

— Vos solo me habeis concedido cinco minutos, y creo que ya han pasado; pero soy generoso. Os concedo todo el tiempo que querais para reflexionar. No me importa quedarme aquí para comer; espero que Mrs. Poole se dignará perdonarme por el traje.

— Losely, estais loco. ¿Si os doy las cuatro libras que me pedis, me prometereis arreglarlos como podais y no volver á molestarme?

— Ciertamente que no. Volveré una vez cada semana á pedirlos la misma suma. Yo no puedo vivir con menos... hasta que...

— ¿Hasta que?...

— Hasta que hayais convencido á M. Darrell que me sostenga de un modo conveniente, ó me pongais en posesion de mi hija, y pueda entonces tratar con mejores condiciones; porque si yo quiero reclamarle algo en nombre de la niña, será preciso que la presente, porque de otro modo podrá decir que ha muerto... Además, si ella es tan linda como cuando era pequeña, viéndola se conmoverá mas que con todo lo que yo pueda decirle.

— Y si logro algo de M. Darrell ó descubro el paradero de vuestra hija, ¿me devolvereis todas las cartas y documentos referentes á mi persona que poseis, según decis?

— ¡Segun digo! Ya os los he enseñado en esta cartera. Aquí está vuestra proposicion acerca del viejo Latham.

Poole miró la cartera que el otro bandido sacó del bolsillo. ¡Si Losely hubiera sido menos fuerte ó el otro hubiera sido mas valiente!... Poole al mirar la cartera dijo exhalando un suspiro:

— ¡Volverse así contra un antiguo amigo! Eso no está bien; no lo hubiera creido nunca en vos.

— Vos sois el que os volveis contra mí. Pero convencid á Darrell ó encontrad á mi hija, y entonces no solo os devolveré vuestros papeles; os pagaré tambien con generosidad, Poole. Aunque estoy en la desgracia, siempre soy un gentleman.

Losely dió al mismo tiempo un fuerte golpe en el sombrero, apabuyándose enteramente, lo que le dió un aspecto tan horrible, que si no hubiera sido por la expresion de su fisonomia, Poole se hubiera reido al oír aquellas palabras en boca de un hombre tan derrotadamente vestido; pero la expresion de su semblante era capaz de hacer helar cualquier sonrisa.

Poole exhaló un suspiro y le alargó cuatro soberanos. Losely se los echó en el bolsillo con cierta indiferencia, y se retiró despidiéndose en estos términos:

— Hasta la semana que viene.

VI.

Las semanas pasaban, la estacion de Lóndres empezaba, Darrell no se decidia, el prestigio de su posicion no habia disminuido, acaso habia aumentado en politica. Habia logrado la reconciliacion de algunos grandes hombres; habia fortificado, y hasta puede decirse que salvarse un gabinete dividido. En todo lo cual habia demostrado un admirable conocimiento del corazon humano, y probado que el alejamiento de la escena politica en que habia vivido algun tiempo no habia disminuido su poder de percepcion.

En sus designios matrimoniales Darrell parecia

echarse cada vez mas en manos de la casualidad, irresoluto en la eleccion de esposa. Su eleccion parecia sin embargo circunscrita á las tres bellezas que habian sido sometidas al exámen critico del coronel Morley:

Lady Adela, Miss Vipont, Flora Vyvyan. Sobre cada una de ellas podia decirse mucho en pro y en contra.

Lady Adela era tan hermosa, que daba placer mirarla sin que uno se cansara de contemplar su belleza. Todos decian que tenia buen genio, y en efecto su semblante confirmaba esta opinion. De aquí no pasaba el panegirista, no decia mas en su favor, ni tampoco nada en contra. Todo lo demás que de ella se decia era comun é inofensivo.

No tenia ninguna cualidad extraordinaria, ninguna pasion dominante. Indudablemente nunca hubiera perdido el tiempo en pensar en Darrell, jamás hubiera descubierto en él ningun mérito, si no se le hubiera citado como un hombre muy rico, de un carácter elevado, con el pensamiento de casarse, y si su padre no le hubiera dicho: « Adela, M. Darrell ha quedado prendado de tus gracias; así me lo ha dicho. No es jóven, pero aun es un hombre de muy buena presencia, y tú tienes veinte y siete años. Es mas lisonjero llamar la atencion de un hombre de su edad y su posicion que la de todos esos jóvenes tontos que piensan mas en sus bellas caras que podrian pensar en tu hermoso rostro. Si no haces caso de una pequeña desproporcion de edades, podrás ser una esposa feliz; y en ese caso es natural que te deje viuda en muy buena edad para gozar de la libertad, disfrutando una buena renta, la cual te dará títulos para hacer otro casamiento mas agradable. »

Darrell, encajado así en la cabeza de lady Adela, permaneció en ella y llegó á ser una *idea fija*. Considerado como un marido probable fué elevado á la categoria de « hombre interesante. »

La eleccion de Honoria Vipont hubiera acreditado mas el buen sentido de un pretendiente de edad tan madura. Se encuentran muy pocas mujeres tan bien educadas para llegar á ser mujeres de sociedad tan perfectas.

Tenia instruccion suficiente para llegar á ser la compañera de un hombre ambicioso, y la solidez de juicio necesaria para ayudarle en ciertas ocasiones con sus consejos.

Podia presidir con dignidad un magnífico tren de casa, recibir con gracia á personas distinguidas, administrar una gran fortuna, y una gran fortuna era necesaria para el desarrollo de tan buenas cualidades. Si un hombre de la edad de Guy Darrell, fuese bastante arrojado para casarse con una jóven, no podia encontrar una esposa mas segura entre todas las jóvenes de Lóndres, porque aunque Honoria solo tenia veinte y tres años era tan formal, tan razonable, tan opuesta á todas esas frivolidades que agradan á las niñas, como si ya tuviera veinte y ocho.

Pero nada mas cierto que si Guy Darrell hubiera tenido la misma edad que ella, si hubiera tenido que crearse una fortuna, alcanzar un nombre, si no hubiera sido mas que un legista residente en el fondo de Holborn; ó un modesto squire en la pequeña posesion de Fawley, no hubiera tenido ningun atractivo á los ojos de Honoria Vipont.

La desproporcion de edades, lejos de perjudicarle, le favorecia, porque Honoria pensaba que se elevaba prefiriendo á un hombre que debia á aquella desproporcion de edades la celebridad y la alta posicion que gozaba. Si hemos de ser justos hacia Honoria debemos distinguir aquí entre la veneracion de una mujer, por las muestras de respeto que un hombre recibe en torno suyo, y el sentimiento mas vulgar que hace desaparecer al hombre por completo para no considerarle mas que como un mueble necesario que se toma al precio en que se ha tasado por la generalidad.

No se debe preguntar á una niña que demuestra una decidida preferencia por un hombre ambicioso, activo, de doble edad que ella ó con la nariz aplastada, pero sobre el pedestal de la gloria, si le amaria privado de todos sus brillantes accesorios, y dejándole su partida de bautismo ó su nariz defectuosa. Tanto valdria preguntar á una niña enamorada de un jóven Lotario si le amaria si fuera feo ó contrahecho. La reputacion del uno forma parte de su personalidad, tanto como el buen semblante del otro forma parte de la suya.

Se ha dicho que madama de la Vallière amaba á Luis XIV por sí mismo y no por su esplendor real; pero, ¿hay en el mundo una mujer, por desinteresada que se la suponga, que crea que madama de la Vallière hubiera amado á Luis XIV con la misma pasion si Luis XIV se hubiera llamado John Jones?

La mayor parte de las niñas dicen en el colegio: « Yo solo me casaré con un hombre á quien ame. » Honoria dijo siempre: « Yo solo me casaré con un hombre á quien pueda respetar. » De modo que el respeto que habia experimentado por Darrell la determinó á honrarle con su preferencia.

Apreciaba su talento y se habia enamorado de aquella reputacion que con su talento habia adquirido. Y Darrell podia haber hecho en verdad una eleccion peor. Su fria razon le hacia inclinarse mucho en favor de Honoria.

Cuando Alban Morley argüia en su favor, Darrell, para no tener que convenir con su amigo, únicamente podia emplear la ironia; pero su corazon se revelaba contra su razon, porque dicho sea entre nosotros, Honoria era precisamente una de esas jóvenes que de-

berian atraer á un hombre de edad madura y que yo no sé cómo, no le atraen nunca, lo cual es debido sin duda á que cuanto mas viejos somos, mas amamos la juventud de carácter.

Cuando Alcides, despues de haber pasado por todas las fatigas de la vida, tomó una esposa en el Olimpo, deberia haber escogido á Minerva, y sin embargo, eligió á Hebe.

¿Encontrará Darrell su Hebe en Flora Vyvyan? Alban Morley estaba cada vez mas alarmado por aquel temor. Tenia bastante penetracion para reconocer en ella la niña mejor formada para regocijar la vista y atormentar el corazon de un señor grave y respetable.

Sucedió una cosa capaz, no solamente de lisonjear la vanidad, sino de deslumbrar al hombre que temiera que su mano fuera aceptada únicamente por su dinero, y fué que Flora acababa justamente de rehusar el primer partido del reino, el jóven lord Vipont, hijo del nuevo conde de Montfort, jóven de buen sentido, elevado carácter, bastante bien parecido para hombre, heredero de una fortuna casi régia; finalmente, un jóven que ninguna doncella podia encontrar medio de rechazar.

Pero faltaba saber si aquella niña coqueta queria divertirse con Darrell, si aquella bella desdeñosa que habia llenado de desesperacion al jóven magnate cinco veces mas rico que él, llegaria á hacer del viejo la fábula de Lóndres si acaso llegara á pedir su mano.

Darrell tenia sobre el particular sus pensamientos secretos; pero no se los confiaba á nadie, ni aun á Alban Morley.

El autor mas sincero se permitirá decir al lector lo siguiente: Si entre las tres deidades en torno de las cuales flotaban indecisos los pensamientos de Darrell hubiera querido escoger la que mas le agradaba, aquella que le hubiera amado con el corazon sencillo de una niña, cuya malicia infantil provenia de una inocencia infantil con riesgo de una negativa y acaso del ridículo, hubiera debido decir á Flora Vyvyan con su voz dulce y armoniosa: « Venid y sed la niña mimada de mi vejez; embelleced mi vida, y antes de que mi existencia se pierda en la noche eterna, sed para mí una dulce aurora, una fresca brisa matinal. »

Peró para esto hubiera sido preciso que Darrell la amara, que la amara con esa ternura caballeresca, con ese reconocimiento y esa simpatia por la juventud de su amada, que puede únicamente realizar lo que vemos algunas veces, aunque nos cuesta trabajo confesarlo, un matrimonio feliz á pesar de la desproporcion de edades.

¡Desgraciado Darrell si no experimentara ese amor! ¡Desgracia y vergüenza para el hombre que atrae á su hogar á una mujer, que podria ser una Hebe para el marido que le diera todo su amor en cambio del suyo, si no tiene un corazon que ofrecerle, porque entonces la Hebe indignada será peor que una furia.

Alban Morley, y de esta opinion deberian ser todos los que quisieran bien á Guy Darrell, se sentia enteramente inclinado á Honoria Vipont, porque esta jóven le profesaria un respeto afectuoso, al cual corresponderia él con una estimacion razonable.

Tal vez pensaba esto mismo Darrell, porque cuando pronunciaban en su presencia el nombre de miss Vipont, se ponía mas pensativo, mas absorto en sus reflexiones y exhalaba profundos suspiros como un hombre que se prepara lentamente á tomar una resolucion que su razon aprueba, pero que su corazon rechaza.

VII.

— Darrell, dijo el coronel Morley, ¿os acordais de mi sobrino Jorge? Ya es rector de Humberston. Se ha casado y tiene una esposa encantadora. Humberston es muy buen beneficio; pero el talento de Jorge se pierde en un teatro tan pequeño. El año pasado predicó en Lóndres y agradó en extremo. Mañana predica en... ¿quereis venir conmigo y decirme francamente si es ó no un buen orador?

Darrell aunque tenia una fuerte prevencion contra los predicadores de moda, fué á oír á Jorge por complacer á su amigo el coronel.

— Vuestro sobrino me ha sorprendido, dijo Darrell al coronel despues de oír el sermón de Jorge, la iglesia necesita hombres como él. Se le presenta un hermoso porvenir.

Despues quedó sumergido en una triste meditacion que rompió bruscamente exclamando:

— Vuestro sobrino era compañero de colegio de mi hijo. Si mi hijo no hubiera muerto, ¿qué carrera seguiria?

El coronel que no queria nunca animar las conversaciones penosas no respondió.

— Mañana deseo ver á Jorge en mi casa. Hasta ahora no he querido suplicaros que me lo presentárais, porque temia que su vista hiciera renacer mis antiguos disgustos; pero ahora me acostumbraré á afrontar cualquier recuerdo. Llevadle mañana á mi casa.

Al dia siguiente el coronel llevó á Jorge á casa de Darrell; un compromiso anterior habia detenido á Jorge en otra parte hasta las doce, de modo que Darrell salia de su casa y estaba ya en la puerta cuando llegaron el tío y el sobrino. Respetaban demasiado su

tiempo para aceptar el ofrecimiento que él les hizo de pasar, y le acompañaron un rato durante el cual, Darrell dirigió á Jorge esos cumplimientos que suenan tan bien en los oídos de los hombres que se elevan cuando los oyen en labios de los que han alcanzado ya una reputación.

— Me acuerdo que cuando érais niño, Jorge, os di gracias mas de una vez por los buenos consejos que dábais á uno de vuestros condiscipulos que ya no podrá recibirlos.

Su voz tembló un momento, despues repuso con firmeza:

— Entonces teniais un ligero defecto de prononciación que segun dice vuestro tío, aumentaba con la edad, de modo que yo no creia que podriais alcanzar la celebridad que debeis adquirir *Orator fil...* Precisamente debeis haber recibido admirables lecciones. Prononciáis con una extremada habilidad, teneis una entonación admirable. Debeis haber tenido maestros eminentes.

— Maestros, exclamó el coronel. A mí siempre me ha parecido que todos vuestros profesores de elocuencia nada han podido adelantar. Vos os habeis corregido y formado por vos mismo, ¿no es cierto?

— No.
— Entonces, ¿quién ha sido vuestro maestro?
Jorge parecia aturrido; quiso responder, y empezó á tartamudear horriblemente.

Darrell pensó que un predicador que aun no tenia bien fundada su reputación, podia tener reparo en confesar lo que debia al trabajo y á la aplicación, con el temor de que si llegara á divulgarse su secreto podia disminuir su reputación ó exponerse al ridículo; por lo tanto mudó de conversacion.

— Habeis estado en el campo segun parece. Jorge, supongo que habeis permanecido en vuestro destino.

— No, antes he hecho un viaje.
— ¿Habeis visto á lady Montfort despues de vuestra vuelta? preguntó el coronel.

— No; porque hasta el sábado por la noche no he vuelto. Esta tarde voy á casa de lady Montfort en Twickenham.

— Es un retiro delicioso, dijo el coronel; pero si quiere sustraerse á la admiración, no debe hacer de las orillas del Támesis su paseo favorito. Conozco á algunos de sus románticos admiradores, los cuales cuando vuelva á aparecer en el mundo, se disputarán su mano, que se han aficionado extremadamente á pasear en lancha. Desde que lady Montfort se ha retirado á Twickenham, procuran verla pasear, y cuando lo consiguen, vuelven á jactarse de ello á Lóndres. Segun refieren los mismos, pasea con ella una señorita extremadamente linda. ¿Quién es esa señorita? Todos me lo preguntaban como si yo lo supiera todo.

— Es una señorita de compañía, segun creo, dijo Jorge cada vez mas confuso. Pero perdonadme, tengo que hacer en este momento. Adios, tío. Servidor vuestro, M. Darrell.

Darrell no pareció reparar en que Jorge se despedía de él, y continuó marchando con el sombrero hundido hasta las cejas, y como absorto en aquellas sombrías meditaciones tan frecuentes en él.

— Es raro lo que pasa á mi sobrino, dijo Alban Morley, todas las preguntas le turban. ¿Quién será esa jóven de Twickenham. Si fuera una Vipont, ya hubiera yo oído hablar de ella. Decid, Darrell, ¿hay algunas jóvenes en la familia de Lyndsay?

— ¿Qué me importa á mí eso? Solo pensais en señoritas, respondió Darrell con viveza y tono áspero, deteniéndose bruscamente en la puerta de Carr Vipont.

— Pues vos no huís de ellas, replicó el coronel dirigiéndole un saludo irónico al tiempo de entrar Darrell en aquella casa.

Paseando por Saint-James Street, el coronel encontró de pronto á Lionel. Cogió el brazo del jóven y le dijo:

— ¿Quereis perder conmigo una hora si no estais muy ocupado? Voy á casa.

Lionel consintió gustoso, y el coronel añadió:

— ¿Me podreis prestar hoy vuestro cabriolé si no lo necesitais? Un francés me ha entregado una carta de recomendación, y yo le he convidado á comer á la fonda mas próxima adonde puede convidarse á un francés. Excuso decir que en Greenwich, y si no llevo en cabriolé al francés, no creará que le he llevado á cinco millas de Lóndres.

— ¡Ay! mi querido coronel, acabo de vender mi cabriolé.

— ¿Qué! ¿no era ya de moda? Pero si lo han fabricado hace tres meses. ¿Y el caballo? No respondeis. ¡Ah! ¿habeis vendido el cabriolé y el caballo?

— Las dos cosas, dijo Lionel con tristeza.

— Si no fuera porque no me sorprende nada de lo que puede hacer un hombre, esto me llenaria de sorpresa. Cuando siguiendo las instrucciones generales que me dió Darrell para equiparos, compré aquel caballo, me lisonjeaba con el pensamiento de haber escogido bien en esta época en que son tan raros los buenos caballos. Sin duda me he engañado y el animal no es mas que un mal rocin.

— Era el mejor caballo de Lóndres para cabriolé, mi querido coronel, y todos saben cuán orgulloso estaba yo con poseerlo; pero tenia necesidad de dinero y no sabia otro medio de hacerme con la suma que me faltaba... ¡Oh! coronel Morley, escuchadme.

— Con mucho gusto; pero cuidado: yo no soy sor-

do... Cuando un hombre me dice: « Me he deshecho de mi caballo porque tenia necesidad de dinero, » le aconsejo que me hable muy bajo.

— He sido un imprudente; ó por lo menos desgraciado y ahora sufro la pena. Un amigo mio, no precisamente un amigo, sino un conocido á quien veo todos los días, un jóven de mi clase, me rogó que le sirviese de fiador y pusiera mi firma en un pagaré á tres meses de plazo. Me dió su palabra de que pagaria fielmente y que yo no volveria á oír hablar del negocio. Ya veis, yo no me podia negar á lo que me pedía. Llegó el plazo y mi amigo no pagó y hasta declaró que no se hallaba en disposición de pagar. El portador del pagaré se dirigió entonces á mí, con la mayor política, me propuso renovarle, al plazo que quisiera, etc. Pero no me agradaron sus modales. En cuanto á mi amigo, descubri que no se encontraba en una posición tan desahogada como yo creia, que estaba bastante apurado y que no era yo el primero á quien colocaba en aquel apuro... aunque sin mala intención por su parte, estoy seguro. Es en verdad un excelente jóven y si yo le pidiera un favor semejante estoy seguro de que me serviria tambien, cualquiera que fuese la cantidad de que se tratara.

— ¡Por supuesto!... exclamó el coronel, lo mismo le daria una suma que otra.

— Por último, me pareció que lo mejor era terminar el negocio inmediatamente. Como no me quedaba la menor cantidad de mi pensión, ni hubiera recurrido por nada del mundo á M. Darrell para reparar mi imprudencia, ni tampoco á mi madre por no disgustarla, no he tenido mas remedio que vender esta mañana el caballo y el cabriolé. Venia justamente de cobrar su importe cuando os he encontrado, y hoy mismo me propongo pagar. Hé aquí la suma, doscientas libras.

— El caballo solo las valia, dijo el coronel exhalando un débil suspiro. Pero en fin, ya no tiene remedio. No hablemos mas del caballo, no me gusta hablar de asuntos penosos. Habeis hecho muy bien en no renovar el billete; eso hubiera sido abrir una cuenta con la ruina, y aunque no me gusta predicar sobre cuestiones de dinero ni sobre ninguna otra (predicar es la profesion de mi sobrino y no la mia) permitid, sin embargo, que exija de vos la promesa solemne de no firmar jamás ningun pagaré y no entrar jamás en tratos con ninguna persona. Sed para vuestro amigo todo lo que vos querais, excepto su fiador. Orestes no hubiera jamás pedido á Pilades que le ayudase á contraer una deuda á un cincuenta por ciento. Hacedme esa promesa, vuestra palabra de honor... ¿Dudais?

— Si, dudo, mi querido coronel, dijo Lionel con franqueza. Podria muy bien prometeros no firmar un pagaré á un prestamista siendo para mí el dinero, aunque me parece que exagerais un poco las consecuencias que pudiera tener un paso semejante.

— ¿Lo creeis así? dijo el coronel con dulzura. Si esto que tengais esa convicción, pero continuad... Podriais prometerme no arruinaros á vos mismo, pero no podriais prometerme no ayudar á vuestro amigo á que se arruina.

— Esa ironia es chistosa, coronel, dijo Lionel picado, pero no resuelve la dificultad. Si un hombre á quien dais el nombre de amigo, con el cual os paseais, haceis expediciones á caballo, comeis casi todos los días, os dice: « Tengo una necesidad urgente de algunos centenares de libras esterlinas, no os pido que me las presteis, porque tal vez no podais hacerlo, sino que me ayudeis á tomarlas en calidad de préstamo, jurándoos por mi honor que esta deuda no pesará sobre vos... » ¿no os parecerá que negar un favor semejante á un amigo es manifestar que dudais de su honor? De mí sé decir que aunque he sido chasqueado una vez de esta manera, comprendo que podré serlo otras veces por no tener corazon para responder: No. No exijais de mí semejante promesa. Solo puedo daros la seguridad de que en adelante seré mas prudente, y si tengo que sufrir alguna otra pérdida, en ese caso lo peor que me podrá suceder será hacer de nuevo lo que he hecho hoy.

— No, porque entonces tal vez no tendreis otro caballo y otro cabriolé que vender. En ese caso hareis lo contrario de lo que habeis hecho hoy, renovareis el pagaré: la deuda engrosará como una bola de nieve, y al año ó á los dos años debereis no ya algunos centenares sino hasta millares de libras. Pero entrad, ya estamos á la puerta de mi casa.

(Se continuará.)

La Exposición internacional de Lyon.

La Exposición de Lyon que se abrirá al público dentro de algunas semanas, se debe á la iniciativa de algunos hombres que por su talento y conocimientos especiales, han sabido llevar á buen término esa obra gigantesca que juzgaron temeraria, casi imposible, los que de cerca ó de lejos asistian, indiferentes á sus esfuerzos. El objeto de los iniciadores era demostrar á la Europa y á todo el mundo que al cabo de tantos desastres la Francia es aun bastante rica y fuerte para ostentar á la clara luz del dia los maravillosos pro-

ductos de sus artes é industria, y para probar que si por fatales circunstancias su gloria militar ha podido debilitarse un instante, sus hijos inteligentes y trabajadores no temen medirse en un torneo pacífico con las inteligencias y las glorias de todos los pueblos.

Hoy que están vencidas las dificultades y que nada entorpece ya la marcha en la realización del proyecto, se puede augurar un grande y legitimo triunfo: habrá visitantes en abundancia, tanto para admirar las riquezas artísticas é industriales que hallarán expuestas, como para contemplar las bellezas arquitectónicas del palacio y los magníficos jardines que le rodean.

Con efecto, la Exposición se hallará en condiciones sumamente favorables: el palacio está construido en el alto dique semi-circular que se hizo despues de la inundación del Ródano en 1836, y á sus piés, por la parte cóncava, se extiende el magnífico parque de la Tête-d'Or, que llaman los lioneses su bosque de Boulogne.

Las galerías tienen 2,000 metros de largo y cubren no solo el dique desde la entrada del parque hasta el puente de Ginebra, sino tambien una gran parte de los terrenos sumergibles situados entre el dique y el cauce del Ródano. Los planos se deben á M. Chatron, arquitecto lionés de mucho mérito, conocido ya por sus trabajos en las instalaciones de las exposiciones del Havre y de Roma.

Las construcciones, en general, se han confiado á M. Savy, constructor parisiense, inventor del sorprendente sistema que se pudo admirar en la exposición de Beauvais en 1869.

Con el concurso de tan entendidos colaboradores, M. Tharel, director nato de todas las exposiciones futuras, ha podido erigir un palacio sin precedente, y ofrecer á los expositores unas galerías de dimensiones verdaderamente extraordinarias.

El dibujo que hoy publicamos es una vista parcial tomada en el sitio mientras levantaban el armazón de las galerías números 8 y 9. Esta vista del esqueleto de las construcciones nos ha parecido interesante bajo todos conceptos: las vistas del conjunto del palacio al exterior y al interior, se publicarán mil veces durante la exposición; pero será difícil entonces presentar el efecto que produce el aspecto de esas gigantescas y elegantes armazones y por esto ahora las hemos dibujado.

La sala central tiene 70 metros de ancha y 30 de alta: la primera galería de las máquinas de 8,000 metros cuadrados, tiene 42^m00 de ancho sobre 22 de altura, y en esta proporción las restantes. Las que damos aquí son las pequeñas: en ellas estará la exposición de bellas artes y se ofrecen gratuitamente á los artistas de todos los países que quieran enviar sus obras.

No vamos á extendernos aquí sobre los méritos de la dirección administrativa de la Exposición, así como tampoco sobre los beneficios que esparcirá en su derredor semejante empresa: cada cosa vendrá á su tiempo. Solo nos ocuparemos del sistema de construcción empleado en ese magnífico palacio, sistema especial del inteligente constructor M. Savy.

Los firmes, de una ligereza y osadía sorprendentes, están formados de un solo arco de tablas de abeto sobrepuestas á plano y reunidas con tornillos: los tendedores son de hierro; la punta calada da una grande solidez al sistema, al mismo tiempo que produce un buen efecto; dos caidas circulares completan el conjunto y rectifican la curva, haciendo interiormente una forma elíptica de las mas graciosas. El aspecto exterior ofrece una línea de remate perfectamente acusada con una curva poco sensible en la parte baja. Esta forma un poco morisca concuerda perfectamente con el estilo general del palacio.

Tenemos aquí seguramente la perfección de las construcciones elegantes y ligeras, y ningun otro sistema ha podido dar tales resultados. M. Savy, digno émulo de los Fourneau, los Polloncau y los Emy, ha tomado á la letra las palabras de Filiberto Delorme, que decia hace un siglo:

« Si se pudiera encorvar los grandes bosques por medio del fuego, se lograria construir arcos de grande abertura que se sostendrian con cuerdas, y así se tendrían armazones ligeras y sólidas hechas á poca costa y con economía de madera. »

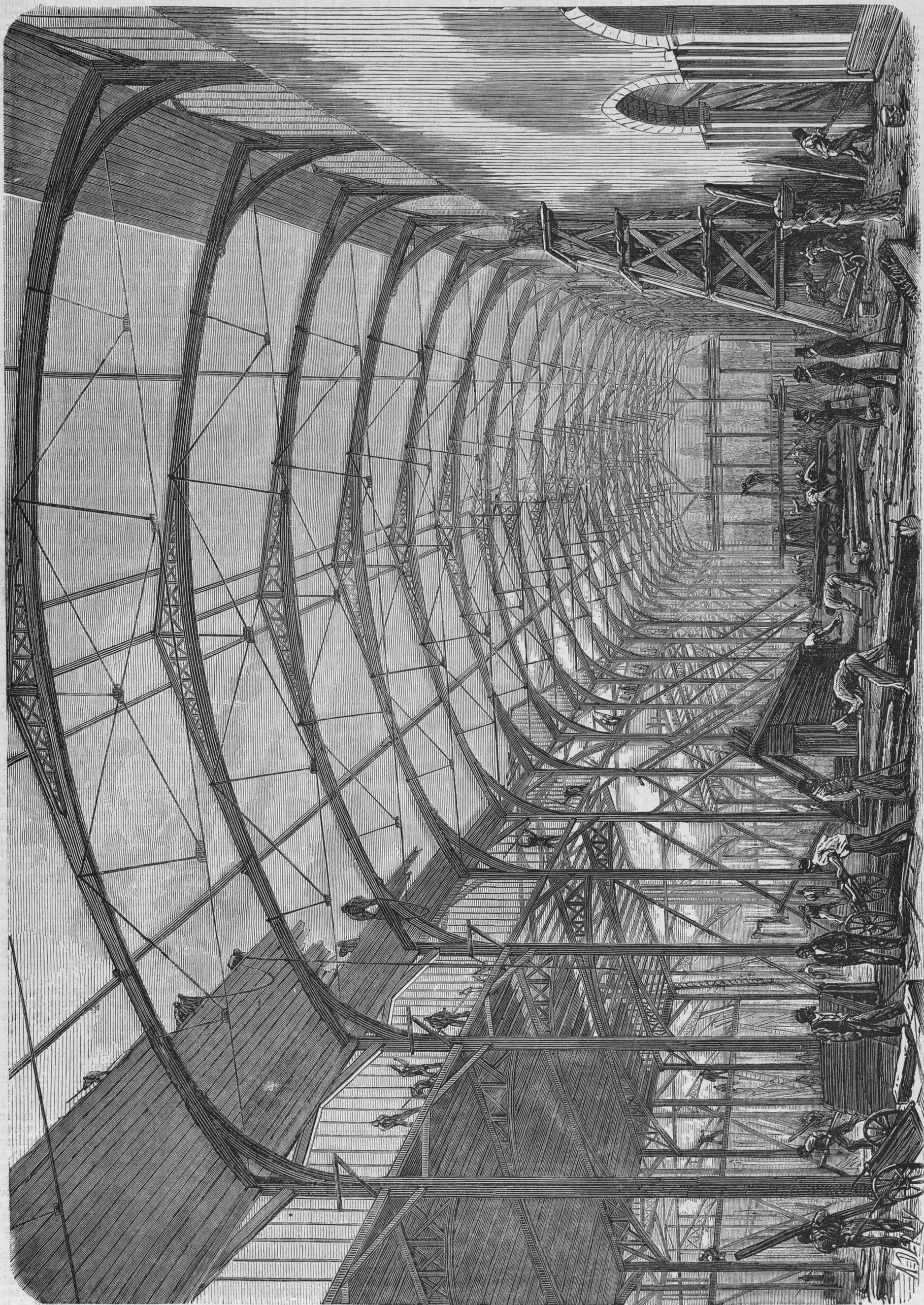
M. Savy ha resuelto el difícil problema de los arcos de grande abertura. Los ensayos que sobre esto hizo en París, produjeron una gran sensación en el mundo de los ingenieros y de los arquitectos.

Los magníficos talleres de Million y compañía en la avenida Rapp, construidos sobre 35 metros de anchura, resistieron á la explosión de la fábrica de cartuchos del Campo de Marte; los mercados de Amiens, el de Doullens, la iglesia de los Agustinos en Ruan, la exposición de Beauvais, etc., son otras tantas obras que atestiguan la excelencia del sistema de M. Savy.

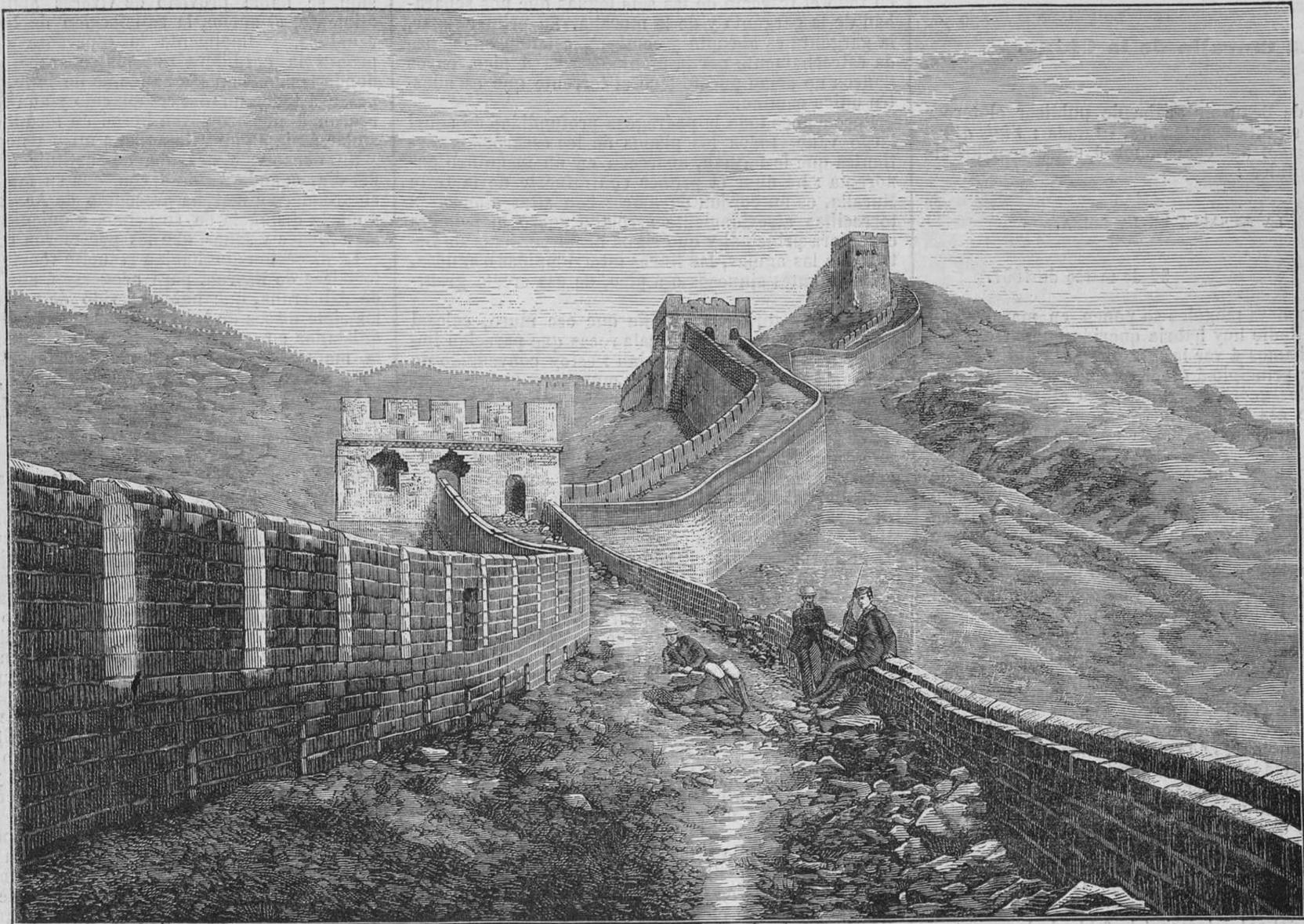
En la Exposición de 1867 en París, construyó la sección egipcia, trabajo difícil que hizo tan bien que, á propuesta del arquitecto y de Nubar-Bajá fué nombrado por el khedive caballero de la órden del Medjidié.

No hemos querido en este artículo hacer la apología del constructor, sino solo dar á conocer á nuestros lectores esas construcciones tan maravillosamente apropiadas á las galerías de la Exposición y que además están llamadas á hacer tantos servicios á las grandes industrias.

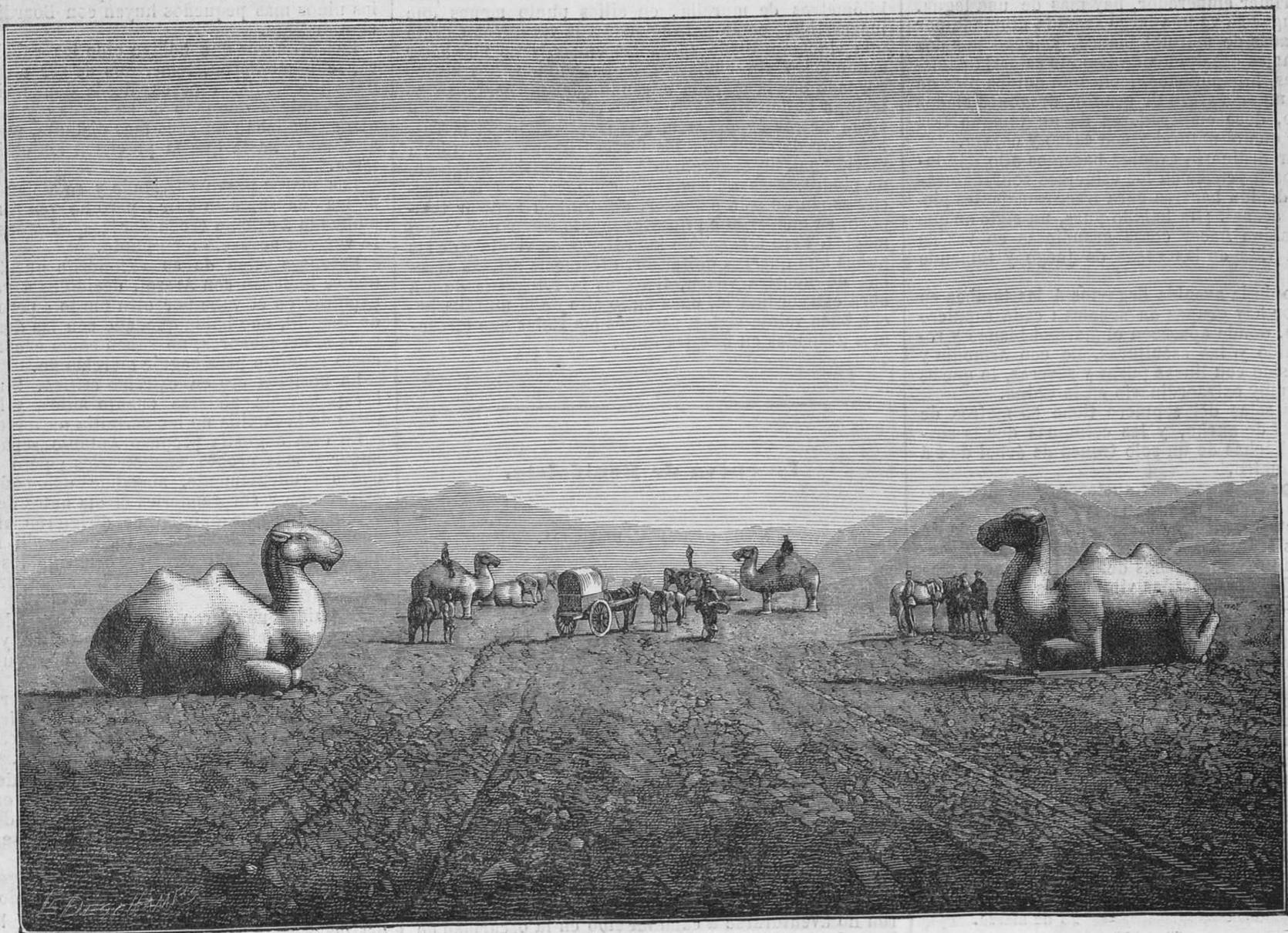
P. P.



EXPOSICION UNIVERSAL DE LYON. — Aspecto de las obras interiores.



LA MURALLA DE LA CHINA. (Paso de Nang-Kao). — Vista fotográfica sacada el 28 de marzo de 1867.



La avenida de los animales de piedra que conduce a los sepulcros de los emperadores.

La muralla de la China.

El conde de Beauvoir acaba de publicar el tercer volumen de su interesante obra, titulada : *Viaje al rededor del mundo*, del cual vamos á entresacar los siguientes capitulos :

LA MURALLA DE LA CHINA.

26 de marzo de 1867.

Nuestros poneys mogoles se ponen en marcha con la columna. Nadie hoy habria querido quedarse rezagado, pues íbamos á ver la muralla de la China. Verdaderamente principio á creer que no es una pura invencion de los geógrafos, pues todo el mundo aquí nos habla de esa colosal fortificacion situada á tres jornadas de marcha de Pekin en el camino de Siberia.

No tardamos en conocer todas las cualidades de nuestras monturas : cocean, muerden, se tiran al suelo antes de marchar, y andando cojean, ó se obstinan en un trote menudo ó tiran de las riendas y rompen los arcos ; tales son las gracias del poney mogol de pelo de oso y de carácter del mismo género.

Así cabalgamos todo el dia guiados por un oficial de la legacion británica, M. Mac Clatchie, que nos sirve de intérprete y seguidos de dos carretas que contienen, no bagajes ni víveres, sino dinero.

— ¡ Felices viajeros ! se dirá el lector, pensando que cuatro mulas apenas pueden arrastrar las dos carretas colmadas de precioso metal.

A la verdad, no llevamos mas de 800 francos, bajo la forma de centenares de miles de monedas llamadas de cobre, ensartadas de mil en mil en varillas de mimbre, única moneda corriente en la campiña de la China, y de la cual es preciso dar, cuando uno es un bárbaro, un rollo que pese una libra para obtener un par de huevos.

27 de marzo.

A la salida del sol estamos á la falda de las montañas y sus primeros rayos alumbran á nuestra vista los cinco majestuosos pórticos que á 800 metros de intervalo abren el valle de los sepulcros de los emperadores. Grandioso es el espectáculo. Figúrese el lector un largo valle arenoso limitado por un anfiteatro de altas montañas, á cuya falda se escalonan en semi-circulo trece tumbas gigantes rodeadas de árboles.

Desde el pórtico de la entrada del valle hasta la tumba del primer emperador, hay mas de una legua. En primer lugar se ve una larga avenida dibujada por columnas aladas de mármol blanco, y luego por dos filas de animales esculpidos de tamaño colosal ; camellos, elefantes, hipopótamos, leones de quince pies de altura, y de un solo trozo de granito, dragones alados y por último, doce emperadores de un tamaño tres veces mayor que el natural y con casco y coraza.

En esa extraordinaria avenida hacemos alto dándonos tiempo para pensar en los esfuerzos sobrenaturales que han debido hacerse para traer semejantes piedras á aquel arenal. ¡ Ha habido pues, un siglo en que los chinos sabian hacer cosas grandiosas en vez de consumir su vida en las casas de juego y fumando ópio !

Al extremo de la avenida llegamos á las tumbas en cuyo derredor hay grupos de árboles : cada sepulcro es un templo, donde aparecen el mármol blanco y rosado, el pórfido y las esculturas, no con armonía y buen gusto, sino con líneas puras y severas, lo que es á la verdad, muy extraordinario en la China.

Una de las salas del sepulcro tiene 60 metros de larga sobre 25 de ancho, y las columnas que la sostienen están hechas de un solo tronco de árbol de 4 á 5 pies de diámetro.

Nueve siglos hace que esos austeros esplendores están allí, y no parece que hayan envejecido.

La lúgubre oscuridad que reina es muy propia de esas moradas sepulcrales y el ruido de los *gongs* sordos que agitan los guardianes del templo, hace resonar las bóvedas con extrañas vibraciones. Ese aspecto tan sombrío inspira meditaciones y nos figuramos ver toda la pompa de los funerales de los emperadores Mings : un pueblo enlutado de blanco escoltando el féretro de oro entre los colosos de granito, los llorones fúnebres revolcándose delante de la tumba, las humeantes antorchas alumbrando las columnas con una pálida claridad, y los sepultureros que han depositado las cenizas del emperador en su última morada, inmolados en el acto á fin de que nadie sepa el secreto de los tesoros enterrados con él.

A eso de las tres de la tarde partimos, no obstante las instancias de un bonzo mudo que traza sobre la arena y delante de nosotros caracteres ininteligibles, y tratamos de llegar rápidamente á Nang-Kao, la entrada del paso de la Gran Muralla.

28 de marzo.

Apenas salimos de la aldea de Nang-Kao, nos encontramos á la entrada del paso, y desde entonces comenzamos á disfrutar de la grandeza del espectáculo

en todo el trayecto de las seis leguas que nos separaban de la garganta y de la muralla. En primer lugar, la garganta es abrupta y sombría, estando encajonada estrechamente por la montaña casi á pico, cuyos flancos no dejan puesto sino al torrente que es nuestro único camino.

Poco á poco toda la pedregosa profundidad de aquel largo valle, todos los planos de los escarpados vertientes que le forman, aparecen en un magnifico panorama : hé aquí el primer contrafuerte de la Gran Muralla, es un cordon de muros con altas almenas y torrecillas atrevidamente arrojado sobre la primera cordillera principal y que sigue hasta perderse de vista todas las agujas, las líneas interrumpidas ó agudas, los accidentes sinuosos ó á pico, de esa cresta granítica.

Nada mas curioso y notable que ese muro, colosal serpiente de piedra que escala rocas que parecen impracticables y sin él lo serian : estoy convencido de que seria tan difícil subir á la muralla para defenderla como para atacarla. Ese primer contrafuerte es ya por sí solo una obra de gigante y digna de la jactancia de los chinos, bajo el punto de vista práctico. Yo me preguntaba allí ya qué no seria la Gran Muralla, cuando á medida que avanzábamos en el valle, los rayos del sol llegaron á iluminar delante de nosotros las líneas almenadas de otras dos murallas paralelas, situadas tambien en la cresta extrema y que se dibujaban en perfil sobre el fondo del cuadro.

Recuerdo una garganta que encontramos de repente y cuyo aspecto era admirable. Entónces no andábamos ya sobre las piedras del torrente, sino sobre una larga capa de hielo desigual, que apenas comenzaba á derretirse, y por cuyas grietas se veia correr el agua debajo de nosotros. Dos kioscos de color de escarlata plantados como nidos de águila en lo alto de dos altísimos y negros peñascos, formaban el pórtico natural de otro paso. Por encima de nuestras cabezas revoloteaban bandadas de ánades silvestres, y en las inaccesibles cumbres brillaban todas aquellas fortificaciones continuas y gigantescas. En muchas leguas en nuestro derredor no se advertia la presencia de un ser humano.

A las doce del dia estábamos en el paso. El bastion que separa la Mongolia de la China, está algo deteriorado en su base y en las ventanas ; pero la Gran Muralla que de allí se eleva rápidamente á derecha é izquierda manteniéndose sobre la cresta de la cordillera principal, y dominando á lo lejos los montes subalternos, se conserva perfectamente. En cada punto culminante se elevan torres cuadradas. ¡ Obra inmensa que cuenta, segun dicen, mas de dos mil años de existencia !

El espectáculo me impresionó vivamente porque es soberanamente grande. ¡ Cuando se piensa que en veinte y dos años han construido los hombres 1,200 kilómetros de muralla, en sitios punto menos que inaccesibles, como para oponer á la via láctea celeste una via amurallada sobre las cimas, cree uno estar soñando ! Y sin embargo, hemos subido, nos hemos paseado por la muralla mirando adelante hácia la Tartaria, á la derecha hácia el Pe-Tchi-Li, donde entra á 1,000 metros *bajo el mar*, á la izquierda hácia el Thibet, por detrás hácia los feraces llanos de la China meridional. Sí, seguramente, esa fantástica serpiente de piedra, esas almenas sin cañones, esas fortificaciones sin un solo defensor, sin ningun agresor tampoco, se quedarán en nuestra mente como una vision mágica. Pero á pesar de las ráfagas de viento y de las nubes que querian quitarnos, digámoslo así, las pruebas de nuestra vision, tenemos la fotografia de esa obra extraordinaria, pues en lo alto de la muralla hecha hace veinte siglos, sacamos las vistas que ofrecemos grabadas en nuestra obra.

La cueva de Benidoleig.

NOVELA ORIGINAL HISTÓRICA.

(Continuacion. — Véase el número 1,007).

Pero no era este riesgo el único que amenazaba á nuestros viajeros. Las últimas proezas de los cristianos habian difundido la alarma y la consternacion entre todos los pueblos, y los moros armados acudian por todas partes á su propia defensa.

Precisados nuestros fugitivos á huir igualmente de caminos que de poblados, no tardaron en conocer que ni aun evitando lo uno y lo otro podian caminar ; pues algunas partidas que encontraron les obligaron á ocultarse, y solo se libertaron de caer en sus manos por la mucha aspereza del terreno.

Así es que, convencidos de la imposibilidad de seguir su marcha durante las horas del dia, determinaron no aventurarse á caminar sino en la oscuridad de la noche ; y se ocultaron á este fin en la ancha quebradura de un monte, cuya entrada cubierta de maleza les ofrecia un asilo seguro.

La prudente Matilde, obrando con acertada previ-

sion, se habia provisto de víveres abundantes, y el alimento, el sueño, la satisfaccion de hallarse todos reunidos, y finalmente la esperanza de atravesar pronto la cordillera que los separaba del valle en donde tremolaban las banderas de la fe, les hicieron pasar á todos un dia complacido y aun feliz, y recobraron á nuestro jóven héroe en términos de poder andar á pié algun rato aquella misma noche.

Su denso velo acababa de sustituir al resplandor del dia, cuando Antonio con toda su familia volvió á emprender su marcha precedido de Arazof, y seguido á cierta distancia de su primo, á quienes habia dado las órdenes y señas que les parecieron convenientes.

La direccion que habian resuelto tomar era la de la fortaleza de Bayren, para acogerse á ella ó á la torre de Albarrana, que habia servido de rehenes durante los siete meses de las treguas concedidas por el Conquistador ; pero como se habia adelantado tan poco la mañana anterior, quedaba demasiada distancia para poder llegar aquella misma noche, con tanta mas razon, cuanto que yendo siempre por fuera de camino se ocasionaba un considerable rodeo, y se ofrecian á cada paso obstáculos que superar y dificultades que vencer.

Marcharon nuestros héroes toda aquella noche sin experimentar ningun suceso desgraciado, y les faltaban pocas horas para llegar al pié del monte en cuya cumbre se distingue la torre de Albarrana, cuando vino la aurora á hacerles suspender el viaje.

Retirados al paraje que consideraron mas seguro, y puestos en marcha otra vez, se lisonjearon ya de estar á la inmediacion de los suyos. Su gozo aumentaba á cada paso : procuraban evitar todo ruido, y los niños mas pequeños un poco mas atrás iban en las acémilas sostenidos de dos fieles doncellas que cuidaban de ellos.

Ya iban á subir una pequeña loma, desde la que debia descubrirse la torre, cuya elevada altura estaba separada solamente por un barranco algo profundo : Antonio mandó hacer alto á las acémilas y despedirlas desde allí, satisfecho de que nada necesitaria en llegando.

Las sirvientas apearon con dos niños pequeños en brazos ; los otros dos mayorcitos andaban cogidos de las manos de sus padres ; y toda la comitiva á pié, despues de haber distinguido á través de la oscuridad la torre que era el objeto de sus afanes, bajaba reunida al barranco.

Un silbido de Arazof les hace detener de repente ; y suspensos, asustados y reprimiendo la respiracion, permanecieron algunos instantes indecisos. Bien pronto llega este corriendo, y se oye el ruido de los caballos que subian en su persecucion.

Matilde, María y Antonio que bajaban con los niños mayores, huyen con Arazof ; los hombres con las acémilas habian ya marchado, y las dos doncellas con los niños mas pequeños huyen con Boardil en direccion distinta.

Los primeros que habian oido los caballos de cerca, se escondieron, temerosos de ser alcanzados, en unos matorrales espesos, desde donde vieron pasar los enemigos que iban en su busca ; y los segundos que se hallaban un poco mas distante, pudieron huir algo mas, hasta que la precision les obligó á ocultarse.

Los moros pasan corriendo y se alejan en alcance de los que suponen huir ; pero no ven á nadie, y no pudiendo á caballo reconocer las quebradas y malezas, se vuelven despacio á su punto.

Entonces salen de su escondrijo nuestros héroes que se hallaban con Arazof, decididos á retroceder y penetrar en el valle por otro punto ; pero separados de Boardil, que habia quedado con las dos sirvientas y los niños menores, no saben cómo encontrarlos, ni cómo reunirse para seguir marchando.

La posicion era en extremo critica. Su seguridad les prescribia alejarse cuanto antes, y la falta del resto de la familia no les permitia moverse.

En esta angustia propuso Antonio separarse para mejor y mas pronto encontrarlos ; pero Matilde se opuso prudentemente, alegando que podria alguno extraviarse y sorprenderles el dia antes de reunirse.

Siguiendo esta opinion, se dirigieron al paraje en donde creian haberlos dejado, desde allí marcharon algun trecho hácia atrás ; y como no los viesan, ni les respondiesen á ninguna de las señas, principiaban á inquietarse.

Un ruido que oyeron entre unas ramas les hizo encaminarse á ellas, aunque no sin temor, y no tardaron en ver salir el resto de su familia, que se habia allí ocultado.

En todas estas diligencias habian invertido algun tiempo, y era bastante tarde cuando quisieron continuar su marcha, lo que no dejaba de ofrecer inconvenientes habiendo despedido los bagajes.

La siguieron no obstante por la falda de la sierra, la que no solamente ofrecia dificultades en razon de su aspereza, sino que parecia alejarles de su direccion, presentándoles nuevos montes que se prolongaban como otras tantas cordilleras.

Privados además del recurso de los bagajeros, que como prácticos en el pais los habian guiado hasta entonces, se veian á cada paso en dudas y perplejidades penosas.

Así les sorprendió la luz del dia, sin haber casi adelantado : tuvieron facilidad en hallar un abrigo, y comenzando á escasear los víveres, el buen Arazof se tuvo que aventurar á buscarlos en el pueblo mas

próximo, en donde procuró enterarse también del camino que debían seguir, y los riesgos que tenían que evitar.

Cuatro noches marcharon á pié nuestros héroes con toda su familia, durante las cuales hicieron diferentes tentativas inútiles para entrar en el valle, y al amanecer de la cuarta se encontraron al pié del célebre Mostalla. (1)

Arazof subió una parte de la cuesta que descubría desde allí, y el campo del moro que observó, le convenció de la imposibilidad de ir á Oliva y del riesgo que corrían aun permaneciendo en aquel sitio.

El temor de los cristianos tenía á los moros en continua observación de los puntos que aquellos ocupaban; y aunque uno ó dos hombres hubieran podido fácilmente atravesar su línea á favor de la oscuridad de la noche y arrojando todo riesgo, no así el número y la clase de personas que componían la familia de estos desgraciados fugitivos. Discurriendo, pues, que este estado de alarma se extendería solo á los lugares inmediatos, y conservando Matilde algunas conexiones en la ciudad de Denia y en los pueblos circunvecinos, particularmente una muy estrecha en el de P..., determinaron dirigirse á él, en donde podrían permanecer ocultos hasta encontrar una coyuntura favorable.

El plan no era de difícil ejecución, porque la distancia era corta; lo que importaba era conocer el camino mas seguro. Arazof se encargó de este cuidado, y á beneficio del idioma, del traje que habia tomado y de su natural perspicacia, se encontró aquella noche en estado de guiar á sus queridos y desgraciados amos.

Dos direcciones podían tomar para llegar á P... fuera del camino real, del que debían por todos títulos apartarse: la una, aunque mas segura, era larga y penosa, pues era preciso internarse y seguir lo largo de la sierra que rodea la villa de Pego, huyendo lo posible del castillo de Ambra, lo cual en la situación de Maria y Matilde, y aun de los niños mayores que marchaban á pié, no era fácil de practicar; y la segunda era cruzando todo el llano, atravesar la sierra por el puerto de Sagra y de allí rectamente al pueblo de P... que habian resuelto escoger por asilo.

Esta segunda era mas arriesgada, pero la distancia era corta, la mayor parte del camino suave, las noches eran largas y oscuras, y podían superar el peligro. Así no vacilaron en elegir la última.

Para mejor realizar el plan esperaron á que fuese bien entrada la noche, y con efecto atravesaron el llano sin el menor obstáculo, llegaron á la falda del monte, subieron despacio la cuesta, pasaron el puerto, y bajando despues por una senda estrecha entre enormes peñascos, se encontraron al amanecer á la entrada de un valle encerrado entre esta sierra y otra que se hallaba á su frente á muy corta distancia, las cuales terminaban en la orilla del mar.

La proximidad de la otra á cuyo pié estaba situado P..., aunque con una inclinación á la izquierda que le daba una legua de distancia, y la facilidad con que habian atravesado la primera llanura, les alentó á aprovechar de la poca oscuridad que quedaba para cruzarla esta; y evitando dos pueblos que tenían á los dos lados, se metieron en el llano.

Se dirigieron á su frente con el fin de ganarla mas pronto y de caminar á su abrigo; mas la distancia les engaño, el sol comenzaba á asomar por el horizonte y todavía les quedaba que andar para llegar á ella. Iban, pues, con el afán posible, cuando distinguen un grupo de caballería enemiga.

Las mujeres se sobrecogen de temor, pero los hombres echan manos á los niños, cargan con ellos, y dando Antonio y Arazof las otras manos á Matilde y Maria, se apresuran á llegar á la sierra del Sigili que tenían delante.

Bastante próximos á ella, reconocen su falda en busca de un sitio que les pueda ocultar, ven á sus espaldas una cueva, y aunque la caballería venia en aquella dirección, ellos estaban algo mas inmediatos y llegan á la boca cuando los enemigos se veían muy cerca; pero las sirvientas fueron las últimas en entrar, y no lo verificaron sin fundado recelo de haber sido descubiertas de los moros.

Llegan por fin, el miedo las hace internar algunos pasos, y sin embargo, no se creen seguras.

Tal vez se hubieran detenido allí; pero los moros deseosos de dar algun descanso á los caballos, y tomarlo ellos mismos, apean á la entrada, y dejando fuera los caballos, se introducen también.

Esto y el recelo de que habian sido vistos, los estremece segunda vez, y cayendo y levantando echan á correr para dentro, no sin algun ruido.

Los moros que lo oyen se persuaden de que hay gente en la cueva, é intentan recorrerla; y nuestros fugitivos llegan hasta el fondo de ella, encuentran á tientas en la peña un agujero suficiente para dar paso á una persona, entran penosamente las mujeres y los niños, y la proximidad de los moros obliga á entrar al fin á los tres hombres.

Los moros se volvieron desde allí, y estas once personas permanecieron muchas horas reunidas y guardando un silencio que el pavor no les permitía interrumpir.

(Se concluirá).

El Rosario de Haydn

ó

EL CANTO DEL CISNE (1).

I.

LA TORRE.

En una noche sin luna, seguido de dos hombres armados con carabinas, atravesaba por la selva de Schaennbrunn un embozado. Sus pasos eran los que únicamente turbaban el silencio de los campos solitarios; pues ni los árboles despedían el mas leve murmullo, ni las brisas el mas ligero suspiro. En cambio el misterioso personaje los lanzaba hondos y dolientes; y mas de una vez los dos criados que le seguían, y que á pesar de sus armas no mostraban el valor mas decidido, suspendían por un momento su marcha, y echando mano á sus acerados puñales, y mirando con asombro á la espesura sombría donde creían que algun gigante morador de aquel bosque encantado lanzaba tan melancólicos ayes, dirigían á los santos del cielo alguna oración contra los espíritus malignos de la tierra.

Poco mas de dos millas habrían andado cuando al terminar un recodo que formaba la senda, divisaron una torre, poco despues la tapia de una huerta, y finalmente una hoguera, cuyo resplandor no percibieron al principio por las enmarañadas malezas que por el lado de la senda se interponían entre los caminantes y el sitio en que ardía la fogata.

Conforme se adelantaban ibanse aclarando á sus ojos los objetos; así es que los que se les habian figurado troncos de árboles, partidos por tierra y destinados á alimentar el chispeante fuego, no eran nada menos que una docena de bohemios, adormidos tranquilamente al dulce calor y al susurrante ruido de las ranas.

Varios instrumentos esparcidos por uno y otro lado y algunos papeles de música desparramados por la arena les dieron á conocer que se encontraban entre una comparsa de músicos ambulantes, de esos arpistas y tocadores famosos que recorren los campos de Bohemia y las ciudades de Alemania cantando baladas antiguas y romances populares de sus héroes, y cuya tropa vagabunda es siempre bien recibida de aquellos hospitalarios moradores, entusiastas de corazón, sencillos por naturaleza y exaltados de imaginación y de sentimientos.

A la llegada del viajero y de sus armados servidores, levantaron la cabeza para observarle dos de los bohemios que descansaban; pero satisfecha su curiosidad, volvieron á tenderse reposadamente sin cuidarse de averiguar lo que en manera ninguna les importaba.

A los golpes que dió en la puerta el embozado para hacerse oír de los que dentro dormían, tornaron á incorporarse varios de los músicos, murmurando en voz baja, al ver interrumpido su sueño.

Debía ser pesado el que embargaba las potencias de los habitantes de la torre, pues aunque eran fuertes y repetidos los aldabonazos, ningun rumor se sentía en el interior del torreón solitario.

Púsose en pié la mayor parte de los bohemios, crecieron sus quejas é imprecaciones, y acaso hubieran hecho desistir de su pesado empeño al obstinado caballero si la actitud imponente de sus dos defensores no les hubiese tenido á raya.

Por fortuna de todos apareció una luz en la claraboya de la torre, corrieron un cerrojo, asomaron una cabeza á la ventanilla de la puerta. Bajó el incógnito su embozo para ser reconocido, y viendo girar sobre sus goznes el porton rechinante, entró sin ceremonia, haciendo á sus criados una seña para que le siguiesen.

Volvió á cerrarse la puerta, á desaparecer la luz, á perderse el ruido de los pasos y de las armas, y los bohemios se agruparon al rededor de la lumbre, no para dormir de nuevo, sino para conferenciar sobre tan extraña visita hasta el momento de la partida, que era al amanecer, cuya hora anunciaba cercana el pálido brillo de las estrellas y el lejano resplandor que parecía reflejarse en el cielo sobre las montañas.

— ¿Y ahora dudareis, Ralek, de que no vive tan abandonado como creiais vuestro célebre maestro? ¿Y negareis absolutamente que tienen mucho de verdad las extrañas cosas que se cuentan de esa torre?

— Me parece, Roberto, que la llegada de un caballero escoltado por dos hombres, no tiene nada de extraño en estos tiempos de guerra y de revueltas, ni justifica las hablillas de los campesinos que pueblan estos alrededores de magas y aparecidos.

— Y las ráfagas que coronan de luz esa punta ne-

gruzca del torreón, ¿no las habeis divisado vos mismo á seis millas de sus paredes?

— Así es; pero si dentro de esa claraboya encendiéseis una lámpara en medio de una noche oscura, se me figura que lo maravilloso sería el no verla.

— Tomadlo á chanza, Ralek; pero ¿descifrareis con igual facilidad las músicas aéreas que se oyen entre las nubes y las voces de las sílfides, que se las ve volando al rededor de la aguja de hierro de esa veleta?

— En cuanto al vuelo de esas hadas vaporosas, permitidme que lo crea patraña ó por lo menos vision de los asombrados aldeanos: acaso algunas nubes apiñadas sobre esa altísima torre habrán engañado su vista. En cuanto á los ecos armónicos y celestiales yo los creo efecto de una voz humana, y los sonidos del instrumento que juzgan maravilloso, me tengo por conecedor en la materia y creo que serán producidos por un arpa muy semejante á la que nosotros tocamos. En fin, sea de esto lo que quiera, respetad el misterio que rodea esa mansion, en obsequio al menos de nuestro condiscípulo, y despues favorecedor y maestro el ilustrísimo Haydn.

Quitáronse los bohemios sus gorras al oír el nombre del célebre músico, y todos dirigieron una mirada cariñosa hácia la solitaria vivienda que habia elegido para pasar el resto de sus días uno de los mas brillantes genios de la Alemania.

Poco despues continuaron su comenzado coloquio.

— Pero, ¡lo que son los juicios de Dios! ¿Quién me diría á mi, Ralek de Boubermank, que ese Haydn, á quien por sus travesuras infantiles habian despedido del colegio de Saint-Etienne, sería el único que sobresaldría en el arte, y cuyo nombre pronunciaríamos con orgullo y con envidia los que entonces nos considerábamos tan superiores á él solo porque no habíamos tenido la humorada de cortar con las tijeras la coleta de nuestro condiscípulo?

— Vamos, fué una travesura que ya descubria su genio.

— Pues ¿y de edad de cuatro años no figuraba ya el violin con un pedazo de madera de los que tenía su padre para los carros?

— Y á fe que en uno de esos recreos músicos de familia fué cuando Reuter, maestro de la capilla de Saint-Etienne, se admiró de sus grandes disposiciones para la música, y se lo llevó consigo para enseñarle.

— ¡Qué orgullo deberá ser para ese hombre poder decir con alguna verdad: «Yo fui el primero que comprendí la savia que encerraba ese árbol fecundo, y el primero que desarrollé en su corazón los gérmenes preciosos del entusiasmo y de la gloria.»

— ¡Como que estais enternecido, Balek!

— Sí, lloro de alegría; porque aquí donde me veis tengo también generosos sentimientos, y soy tan verdadero alemán que me envanezco con cuanto es honra de mi querido país. No es solo un instinto de libertad el que me hace andar errante por nuestras fértiles campiñas; yo creo que nuestra misión es recordar las glorias de nuestros mayores, y por medio de nuestros cantos inculcarles para ejemplo en el corazón de nuestros hermanos. Los bohemios son los sacerdotes que cantan la religion de su país y que quieren que no se olvide el valor de sus padres.

— ¡Bravo por nuestro director! ¡Eso es pensar como un digno hijo de Alemania!

— Y ahora mas que nunca. La Francia ambiciosa estos fértiles dominios, Napoleón estremece ya los tranquilos hogares con el estruendo de sus cañones. Dios haga que nuestros campos hayan despertado el aliento de nuestros compañeros, y que á nuestra voz veamos acudir millares de hombres á las cercanías de Viena, en defensa de nuestra hermosa capital y de nuestro querido emperador.

— ¡Viva nuestro emperador!

Pusieron en pié, cogió cada cual su instrumento y dispusieronse á la marcha. Antes de emprenderla, habló algunas palabras Ralek á sus bulliciosos compañeros, los que con admirable precision y compás empezaron á tocar sus respectivos instrumentos.

— Justo es que agradezcamos, murmuró Ralek al alejarse con su tropa ambulante, la leña que nos ha proporcionado, el buen vino y los dorados escudos con que nos ha regalado el viejo Haydn, haciéndole oír, y no muy mal desempeñado, uno de sus *parthien*, su pieza música favorita, entre todas las que ha compuesto para seis instrumentos.

Los bohemios se perdieron de vista, ocultándose detrás de un monte vecino; su música resonaba por intervalos segun el viento la hacia vibrar ó apagaba; en la claraboya de la torre se divisaba la blanca cabeza de un anciano, el cual parecía escuchar con éxtasis el armonioso sonido de los lejanos instrumentos.

II.

HAYDN.

— ¿A estas horas en mi casa, baron de Kurbeck? ¿Se han realizado nuestros tristes presentimientos?

— Haydn, amigo mio, demasiado pronto por desgracia.

— ¿Y Gohrau? pues de allí presumo que vendreis; ¿y la pequeña aldea donde yo nací?

— Ocupada por las tropas francesas.

(1) Mostalla ó Monstalla, que divide el término de Oliva del de Pego.

(1) Del *Heraldo de las Artes, de las Letras y de los Espectáculos*.



Monumento elevado en Lausana á la memoria de los soldados franceses.

— ¿Y el hogar de mis padres?
— Sirve de alojamiento á los invasores.
— ¡Infeliz Alemania! ¡Si pisan ya los confines del Austria y de la Hungría, pronto llegarán sus caballos de batalla á las puertas de Viena; y entonces, como hace años sucedió, volveremos á ver nuestra querida capital invadida y nuestro emperador fugitivo!

— ¿Y Carolina?
— En ese aposento inmediato hay una escalera de caracol que conduce á la torre, y allí espera desvelada á que la advierta la ocasion de la extraña venida del personaje que ha interrumpido tan bruscamente nuestro descanso.

— ¿Y el príncipe Schwartzemberg, se opone aun á mi felicidad?

— Mas que nunca. La nueva que hicisteis correr de que Carolina habia naufragado, á todos ha parecido natural, menos al príncipe. Su corazon ha sospechado que se le queria arrebatara la esperanza de poseerla, y que se habia hecho desaparecer de sus estados á Carolina, por si la imposibilidad de alcanzarla le inspiraba el olvido. Todos vuestros amigos estamos vigilados. El oro se derrama á manos llenas para comprar espías que recorran la Alemania y descubran el secreto retiro de su adorada flamenca. Su pasion ha llegado á un extremo, que sin duda le representa á sus ojos como posible cualquier crimen que se la volviera á sus brazos.

— ¡Anciano generoso! ¡Cuánto os debo: mi honor, mi felicidad! Mi honor, si, porque vos descubristeis á mi obcecado espíritu los riesgos que amenazaban mi cabeza, si no me desterraba de Viena; el amor impuro que Carolina inspiraba al príncipe y los planes diabólicos que nosotros desbaratamos, y que él tenia dispuestos para perderla. Mi felicidad, porque vos la hicisteis esposa mia, y porque vos me la conservais entre los riesgos que nos cercan, y me la entregais pura y enamorada. El cielo conserve en vuestro corazon su fuego sacrosanto y alumbre vuestra inspirada fantasía con un destello eterno de su creacion, en recompensa del bien que me habeis hecho.

Lanzó Haydn un suspiro profundo, y sus recuerdos como artista borraron por un momento de su imaginacion todas las calamidades que le amenazaban como hombre.

— ¡El cielo! si; el cielo se habia complacido largos años en abrir alguna vez delante de mis ojos sus maravillas profundas. Sin duda era una voz de los ánge-

les la que en lo mas apacible de mis tranquilos sueños me gritaba con cariñoso acento: *Levántate y escribe*. Voz del cielo debia ser la que en lo mas hondo de mi tristeza me acariciaba con aéreas armonias, que yo instintivamente trasladaba al papel; sin que una vez sola buscara en mi piano el olvido de mis pesares y no encontrara en sus sonidos consuelo y descanso. ¡Pero el cielo se ha cansado de alumbrar mi talento: mi fantasía oye confusas melodias que en vano trata de reproducir! ¡Mi pluma parece de hierro y se clava sobre el papel á la primera nota que escribe. Por fin, amigo mio, el que vos llamábais un ángel es ya un ángel caido! *Nin ist alle meine Kraft: alt und schwach bin Ick.* (1)

— No os desconsoléis.

— ¿Que no se desconsuele, decís, al que tenia en su corazon un manantial de eternas ilusiones y le siente seco y agotado? ¡Y al que ha perdido los recuerdos de su amor, las caricias de su familia, y al que solo encontraba alivio, compañía y encanto en la música, ¿qué podrá consolarle cuando se considera ya como un instrumento partido y sin eco, como una voz sin respiracion y sin sonido? ¿A quién honran ya estas medallas y distinciones? (prorumpia Haydn, cruzando á largos pasos el aposento y colocando sobre la mesa de su estudio los objetos por el orden con que los iba nombrando). Esta medalla se grabó en honor mio, cuando se ejecutó en Paris mi *Creacion*, la hija mas querida de mis creaciones musicas. Esta otra es de la Sociedad filarmónica de San Petersburgo. Estas del Instituto de Francia, del Conservatorio de Paris, y del de Holanda.

(Se continuará.)

(1) Sabido es que este fué el último cuarteto que escribió á fuerza de infinitos trabajos, empleando un año largo en componerle y teniendo que interrumpirle en muchas ocasiones, por verse acometido de frecuentes congojas, hasta el extremo de prohibirle su médico rigorosamente el que volviese á tomar la pluma. No es menos notorio que aquella frase alemana que quiere decir: « Mis fuerzas me abandonan, yo soy viejo y débil », fué el lema que puso Haydn en todas las esquelas de convite que dirigia bajo cualquier concepto á sus amigos, y que muchos se ocuparon de descifrarlo creyéndolo un enigma.

Monumento elevado en Lausana

Á LA MEMORIA DE LOS SOLDADOS FRANCESES.

Lausana, abril de 1872.

La Suiza consagra hoy el recuerdo de los infortunados soldados del ejército del Este, que murieron cuando fueron internados. Por todas partes, en nuestras ciudades y nuestras aldeas, se elevan monumentos que indican el lugar en donde reposan esas victimas de la guerra, que aunque no cayeron en los campos de batalla, han muerto fuera del territorio patrio. Lausana, Fleurier, Friburgo, Berna, Zurich, San Galo, Morges, Soleure, etc., se apresuran á poner este último sello en la hospitalidad.

Uno de los primeros monumentos elevados este año es el de Lausana, en el cementerio de Montoie. Es una pirámide cuadrangular sostenida por cuatro balas de cañon sobre un zócalo de granito; una cruz sencilla adorna una de las caras del obelisco, en el que se lee esta inscripcion:

Á LA MEMORIA
DE LOS
54 SOLDADOS FRANCESES DEL EJÉRCITO DEL ESTE
MUERTOS EN LAUSANA
1871.

« Esos desgraciados, decia el consejero de Estado Ruchonnet en la ceremonia de la inauguracion del monumento, no han tenido como otros la gloria de morir en el campo de batalla; sin embargo, no por eso su sacrificio ha dejado de ser útil al pais. No admiro yo á los soldados que al principio de la guerra corrian á la conquista, sino á los pobres móviles que, sin jefes, sin pan, á veces sin armas, sin otra cosa que su denuedo, iban á emprender contra las victoriosas tropas de Alemania un combate sin esperanza. No han salvado á la patria; pero si su honra. »

Concluiremos diciendo que no es la vanidad el motivo en cuya virtud la Suiza levanta monumentos al recuerdo de los que no ha podido salvar; lo hace por reemplazar hasta el fin á las familias que no podian venir á su territorio á plantar una modesta cruz en los sepulcros de sus hijos.

A. B.